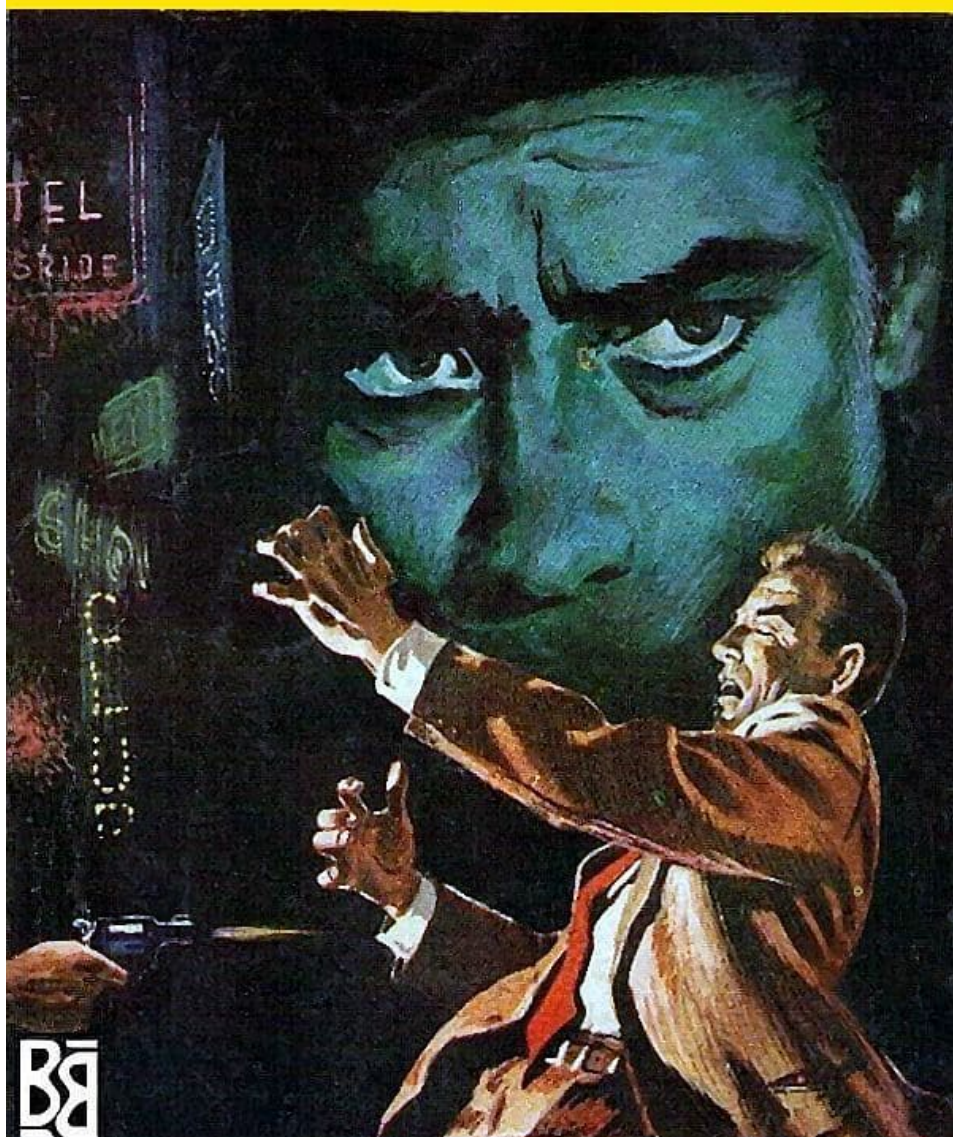




Las huellas del terror

burton hare



B&B

Hay pocos días en la vida de un niño que no dejen en él un recuerdo que perdura en su mente durante un tiempo. Para el chiquillo, al que la vida se abre ante sus ojos como un maravilloso misterio, todo es nuevo, todo debe ser estudiado, experimentado. Todo merece su atención.

Y lo recuerda, piensa en esas novedades que sólo lo son para él, y luego las olvida, cuando otra cosa más excitante reemplaza a lo ya conocido.

No obstante, Jimmy Shurk no olvidaría jamás aquella noche, por años que viviese.

Jimmy había cumplido recientemente los ocho años, lo cual le confería, ante los ojos de sus amiguitos más pequeños, una categoría casi matusalénica.



Burton Hare

Las huellas del terror

Bolsilibros - Servicio Secreto - 823

ePub r1.0

Lds 23.11.17

Título original: *Las huellas del terror*

Burton Hare, 1966

Cubierta: Jaime Provencal

Ilustración interiores: Costa y Altamira

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





Burton Hare

Las huellas del terror

Colección **SERVICIO SECRETO** 823

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MÉXICO

RIO DE JANEIRO

altavice



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Hay pocos días en la vida de un niño que no dejen en él un recuerdo que perdura en su mente durante un tiempo. Para el chiquillo, al que la vida se abre ante sus ojos como un maravilloso misterio, todo es nuevo, todo debe ser estudiado, experimentado. Todo merece su atención.

Y lo recuerda, piensa en esas novedades que sólo lo son para él, y luego las olvida, cuando otra cosa más excitante remplaza a lo ya conocido.

No obstante, Jimmy Shurk no olvidaría jamás aquella noche, por años que viviese.

Jimmy había cumplido recientemente los ocho años, lo cual le confería, ante los ojos de sus amiguitos más pequeños, una categoría casi matusalénica.

Pero aquella noche estaba solo. Otra prerrogativa de su edad avanzada. Había oído dar las ocho en el gran reloj sonoro del *Central Building*. Había cerrado la noche y Nueva York apresaba sus luces para la ritual batalla nocturna de todos los días.

Más, en el barrio de Jimmy había pocas luces. No se necesitaban muchas para alumbrar los viejos edificios, y los cercados solares sin edificar, en los que pandillas de muchachos dirimían sus diferencias a pedrada limpia durante las horas del día.

Jimmy comenzó a pensar que ya era hora de ir en busca de su cena. Resultaba aburrido estar solo, a oscuras, sentado sobre aquellas piedras apoyadas en la pared de la casa abandonada. Era ésta un edificio cuyos inquilinos habían sido obligados a abandonarlo, ya que iba a ser derruido por no ofrecer las debidas garantías de seguridad, además de ser insalubre en extremo. Vagamente, Jimmy pensó en Poch, un muchacho de su edad que

había habitado en uno de los pisos. ¿Dónde estaría ahora?

Levantándose, metió las manos en sus bolsillos disponiéndose a recorrer las dos manzanas que le separaban de su casa. Sus dedos jugaron inconscientemente con su botín del día. Una diminuta piedra de colores que pensaba regalarle a Brenda, la damita de su grupo, con sus veteranos nueve años a cuestas. Un pequeño cuchillo herrumbroso que había cambiado a un chico más pequeño por una pinza metálica de tender ropa...

Entonces escuchó los pasos. A sus experimentados oídos, le sonaron igual que los suyos cuando, con sus compañeros, jugaban a *gangsters* y policías. Eran unos pasos cautelosos, lentos, como si se deslizasen junto a las paredes con precaución. Sólo que mucho más pesados que los suyos cuando jugaban.

Simultáneamente, le pareció escuchar otros más lejanos y apresurados. Se mantuvo inmóvil, escuchando. Tal vez aquellos chicos le permitirían jugar un poco con ellos antes de irse a casa...

Vio aparecer la oscura sombra por el hueco de la pared medio derruida de un solar. Le pareció que el bulto era demasiado grande para pertenecer a un chico que estuviera jugando. Escuchó el violento jadeo de una ronca respiración y se asustó. Aquello era un hombre.

La oscura mancha se despegó de la pared. Los pasos de alguien que se acercaba corriendo por el solar se hicieron claros y precisos.

Jimmy pensó confusamente que aquellos tipos eran demasiado mayores para andar jugando a esconderse. Los mayores nunca jugaban en el barrio. O se iban a la taberna, o a bailar con chicas..., o al cine.

Vio cómo el hombre que avanzaba agazapado lo hacía dando traspiés, uno de los muchachos recibía un imaginario balazo y debía actuar como si estuviera gravemente herido.

Sólo que aquel hombre no estaba jugando.

Casi tropezó con el petrificado chiquillo. Se detuvo. Un sordo estertor escapaba de su boca abierta. Jimmy dio un salto atrás al ver su contraído rostro.

El hombre le miró con terrible intensidad, agachado hacia adelante, tambaleándose igual que Jimmy había visto hacerlo a los borrachos que infestaban el barrio.

Sólo que aquel desconocido no estaba borracho.

—Pequeño... —balbuceó el hombre.

Jimmy siguió retrocediendo, cada vez más asustado, hasta que tropezó con la pared del edificio abandonado.

—No huyas..., ayúdame...

La voz, como un susurro, igual que un gemido, tuvo la virtud de clavarle contra el muro.

—Ayúdame... —repitió el hombre con una especie de sollozo. Jimmy pensó que el borracho debía estar también loco.

¿A quién sino se le ocurría pedirle ayuda a un niño, siendo tan mayor?

Los pasos en el solar se acercaban por instantes. Podía incluso escuchar las contenidas voces de varios hombres que hablaban entre sí con excitación.

Eso pareció decidir al que tenía delante. Jimmy le vio rebuscar algo en un bolsillo, sacar un sobre y avanzar con él en la mano.

—Toma..., pequeño —balbuceó el desconocido—. Escóndete en la casa... y huye... después...

Jimmy trató de retroceder más, como si quisiera fundirse en el muro. Sintió deseos de chillar, o de echarse a llorar. Entonces vio la sangre que ensuciaba la camisa blanca del hombre. Casi se desvaneció.

—Tómalo... después... entrégalo a un policía... Pero tómalo y huye...

Instintivamente, Jimmy alargó la mano y sintió el sobre entre sus dedos sin saber cómo había llegado a ellos.

—Buen chico..., eres valiente..., ahora escóndete... ¡Corre!

No se movió. No podía moverse. Sus piernas temblaban dentro de sus pantaloncitos cortos.

—¡Corre, huye! —insistió el hombre.

Lo vio caer de rodillas, con los ojos desorbitados. Jimmy comenzó a sollozar. Jamás ninguna persona mayor le había pedido nada. O le habían pegado algún que otro bofetón, o se habían limitado a apartarlo a un lado desdeñosamente. Apretó fuertemente el sobre entre sus dedos.

—¡Huye..., te matarán, pequeño..., huye...!

Jimmy dio un salto de costado al oír eso. Matarle... ¿Por qué tendría nadie que matar a un niño?

Por el sobre tal vez. Era algo importante, pensó. Como esas cosas

de la televisión..., en que los hombres se matan...

Pero él era un niño, no un hombre.

A dos pasos estaba el portal del edificio abandonado. En un tiempo estuvo cerrado, pero los chicos del barrio habían roto la puerta.

—¡Escóndete..., por Dios, chico, huye...!

Jimmy empezó a deslizarse en busca del portal. Escuchó un suspiro del hombre, y su voz, apenas un sollozo, cuando dijo:

—¡Entrégalo a un policía..., y ahora huye y no mires...!

Vio cómo en su mano aparecía una pistola muy grande, con un cañón monstruoso. Eso le decidió y ya no esperó más. Por otra parte, oyó los pasos de los perseguidores tan cerca que el miedo puso alas a sus pies y entró en la oscuridad del portal como una centella.

Pero no se internó por el edificio, sino que permaneció acurrucado en la negrura, conteniendo la respiración, sintiendo los alterados latidos de su corazón golpearle brutalmente en el pecho. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Oyó una voz seca.

—¡Ahí está!

Entonces sonó un sordo *plop*, un grito y una sucesión de estampidos amortiguados. Jimmy no pudo comprender que eran armas equipadas con silenciador las que estaban produciendo aquellos sonidos extraños para sus oídos.

Los pasos de varios hombres cesaron al llegar al lugar donde el desconocido había caído de rodillas. Alguien dijo con voz alterada:

—¡Estoy desangrándome, maldita sea!

—¡Cállate, no morirás por ese rasguño!

—De prisa, deprisa —exclamó otro—. Debe llevarlo encima.

—¡Tú, Wallach, regístralo!

Jimmy empezó a retroceder, apretando el sobre contra su pecho. Su mente era un pequeño caos en el que no se formaba ni una sola idea. Era todo él instinto y miedo. Pero comprendía que debía huir y eso era lo que estaba haciendo. Así llegó a la rota puerta que daba paso a la escalera del sótano. Se había escondido allí abajo docenas de veces en sus juegos. Se volvió y comenzó a bajar las escaleras, conteniendo los sollozos, y el terror, y llamando mentalmente a su madre, que a aquellas horas debería empezar a buscarle ya...

Todavía pudo oír una airada exclamación arriba:

—¡No lo tiene, muchachos! ¿Qué hacemos ahora? Otro replicó:

—¡Lo tenía cuando ha escapado, debe llevarlo en alguna parte!

Vamos, date prisa..., puede venir alguien y estropearlo todo.

—¡Te digo que no lleva nada en los bolsillos!

Jimmy notó el suelo de cemento bajo los pies. Se internó por la oscuridad. Sabía dónde estaba la pequeña salida que daba al solar trasero, por donde escapaban cuando se perseguían con sus amigos...

Tropezó con una caja vacía y cayó de bruces con estrépito.

Quedó unos instantes inmóvil, sintiendo el dolor del golpe y el terror creciente que se apoderaba de él. ¡Iban a descubrirle! Confusamente, como si sus pensamientos fueran las palabras de alguien que no era él, alguien que estuviera a su lado, se preguntó quién habría dejado aquella caja en aquel lugar. Estaba seguro que la última vez que penetró en el sótano no había ningún obstáculo en el camino de la puerta.

Entonces, sobre su cabeza, escuchó los pesados pasos de aquellos hombres, los mismos que habían matado al que confió en él. Se sintió perdido. Iban a descubrirle. Debían haber escuchado el ruido del cajón al caer...

Frenéticamente, buscó la salida trasera, aquel hueco cubierto de tablas sueltas...

Alguien comenzó a bajar la escalera precavidamente. Los peldaños de madera carcomida crujieron bajo el peso de varios hombres.

Pero ¿dónde estaba la salida?

Se había desorientado. El terror le había hecho confundir las direcciones en la oscuridad. Y los pasos en las escaleras eran un sonido monstruoso que se agigantaba dentro de su cabeza. Repentinamente, sin saber cómo llegaba a semejante conclusión, supo que jamás lograría encontrar la salida teniendo el terror y la muerte a sus espaldas.

Y se detuvo, paralizado por el miedo, y sus ojos taladraron la oscuridad, mientras sus pequeñas manitas estrujaban el sobre en su pecho.

Entonces hubo un terrible estrépito. Los peldaños de madera podrida cedieron bajo el peso de aquellos hombres y se levantó una

especie de trueno, como si la casa se viniera ahajo; y sonaron exclamaciones de dolor y de ira, y gritos y gruñidos, y el polvo entró en los pequeños pulmones del niño, librándole de su parálisis y de nuevo echó a correr ciegamente...

Dio de cara contra unas tablas, que se derrumbaron añadiendo nuevos ruidos al de las maderas quebradas al caer sobre los pistoleros.

Pero delante del velo de sus lágrimas, Jimmy vio el hueco que había estado buscando y se lanzó por él locamente, con el terror pisándole los talones, volando sobre los montones de cascotes, saltando sobre los muelles oxidados de una cama, brincando como un gamo por encima de las basuras acumuladas a lo largo del tiempo...

Detrás de él, en alguna parte remota, sonaron más chasquidos como los que escuchara poco antes en el callejón. Oyó el zumbido de extraños abejorros que arrancaron aullidos de metal al estrellarse en la pared del solar.

Siguió corriendo, sollozando. Cayó cuando le faltaban unos pasos para alcanzar el agujero del muro que daba a la calle Folkers, pero se levantó y reanudó su carrera como impulsado por todo el terror del infierno.

Cuando se dio cuenta, estaba en la calle Bleecker, casi en la «11 Oeste».

Allí había gente, personas mayores que le miraban asombradas de su modo de correr.

Se detuvo. La gente dejó de prestarle atención.

Sollozó durante varios minutos acurrucado en la entrada de una casa de apartamentos. Una mujer intentó averiguar qué le sucedía y él dejó de llorar y escapó de nuevo.

Un policía. Recordó las palabras del desconocido. Tenía que buscar un policía y entregarle el sobre...

Miller era un policía. El gigantesco policía que patrullaba las calles por donde ellos acostumbraban a jugar. Además, también vivía en el barrio..., lo había visto infinidad de veces, con su deslumbrante uniforme azul, y el enorme revólver asomando fuera de su funda...

Sabía que se llamaba Miller. Si pudiera encontrarlo...

Estaba temblando. Había olvidado el sobre que apretujaba

amorosamente entre los dedos. Todo él era puro instinto, cual un cervatillo asustado y perseguido por una jauría de perros furiosos.

Atravesó «11 Oeste» y se internó por la calle Perry. Allí había luz, y los escaparates de las tiendas derramaban su claridad sobre la acera, y la gente deambulaba en todas direcciones infundiéndole una sensación de seguridad.

Jimmy miraba a su alrededor con ojos desorbitados. Nadie le prestaba la menor atención. Eso era bueno, pensó. Estaba seguro.

Entonces vio avanzar por la misma acera, en dirección contraria, al patrullero Miller. Se detuvo, con el corazón golpeándole en el pecho como un martillo.

Estaba salvado.

El corpulento policía llegó a su altura. Se detuvo y sus ojos oscuros descendieron hasta la pequeña figura que le cerraba el paso.

Esbozó una sonrisa de Papá Noel.

—¿Qué haces a estas horas en la calle, Jimmy? —preguntó con su vozarrón. Y añadió—. Tienes sangre en una rodilla, y algo te ha pasado en la nariz...

Jimmy estalló en sollozos y se abrazó a sus piernas. Ya nadie podría hacerle daño...

El gigantesco policía se rascó la nuca. Después, poco a poco, se agachó y tomó al niño en sus brazos.

CAPÍTULO II

Sentado ante su mesa, en la sala de detectives de la Demarcación 39, el teniente Gerald Mayes dudó entre beber agua del refrigerador, o un vaso de café que seguramente estaría demasiado frío para su gusto.

En otras mesas, los demás detectives de servicio escribían sus informes, o leían el periódico, o, simplemente, fumaban ensimismados en pensamientos confusos.

Todavía no había acabado de decidirse, cuando se abrió la puerta y entró el patrullero Miller llevando a un chiquillo de la mano.

Snively, detective de primera clase, levantó la cabeza. Respingó en su silla al ver a los recién llegados.

—¿Qué ha sucedido, Miller? —Gruñó con sorna—. ¿Acaba de detener a un salteador de Bancos?

Miller hizo una mueca. Fuertemente agarrado a su mano, Jimmy miró a aquellos hombres con rostro asustado.

El teniente Mayes hizo una seña al agente.

—Tráigalo aquí —dijo.

Miller acompañó al niño, dejó un sobre arrugado sobre la mesa y explicó:

—Está muy asustado, teniente, pero si todo lo que cuenta es cierto me asombra que no lo esté más todavía. Según él, han asesinado a un hombre ante sus ojos, o poco menos.

—¿Dónde ha sucedido eso?

—En un callejón que da a Carabs Street. Ya he dado aviso a los patrulleros del coche para que den un vistazo. La historia es un tanto extraña. ¿Quiere oírla por boca del chico o...?

Jimmy no apartaba los ojos del teniente. Veía a un hombre de

unos treinta y cinco años, delgado y fuerte, cuyos ojos azules parecían reír al mirarle. No parecía un policía muy duro después de todo.

—Prefiero escucharlo a él —decidió Mayes—. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Jimmy.

—¿Y qué más?

—Jimmy Shurk.

—¿Sabes tus padres que estás aquí?

—No...

El teniente hizo una seña y Snively dejó su asiento, acercándose. Mayes indagó:

—Dime dónde vives y avisaremos a tus padres para que no se inquieten, ¿quieres?

—Mi madre debe estar buscándome, ¿sabe? Es la hora de la cena...

—Muy bien. ¿Dónde está tu casa?

—En la calle Carabs, veintidós, señor.

Mayes hizo una seña con la cabeza a Snively y le recomendó:

—Díselo de manera que no se alarmen. Al chico no le ha sucedido nada.

Snively salió. Jimmy levantó su cabecita para ver la cara de Miller. Pareció tranquilizarse cuando éste le sonrió. Entonces, Gerald Mayes dijo:

—Está bien, amiguito, cuéntame tu historia.

Titubeó. Miller le dio unos golpecitos en la espalda, animándole:

—Igual que me lo has contado a mí mientras veníamos aquí, Jimmy.

El teniente rodeó la mesa, cogió al niño y, levantándolo, lo instaló sobre el escritorio, con las piernas colgando.

—Veamos —dijo—, que alguien vaya a buscar un bocadillo y algo de leche. Y un trozo de pastel también... ¿Te gusta el pastel, chico?

Jimmy dijo que sí con un gesto. Otro agente de paisano salió, gruñendo.

Y Jimmy, hábil y pacientemente interrogado por el teniente Mayes contó lo sucedido con todo detalle. Cuando terminó, Mayes levantó la mirada hasta encontrar los ojos de Miller.

—¿Conoce usted al chico, Miller?

—Desde que andaba a gatas por la acera, teniente.

—Ya... Veamos ese sobre...

El sobre estaba cerrado. Antes de abrirlo, lo examinó con atención. Aparecía sucio de tierra y humedad. Tal vez la humedad fuese debida al sudor de las manos del niño, o quizá a sus lágrimas.

Finalmente, tomó un abrecartas y rasgó un lado del envoltorio. Introdujo los dedos y sacó una fotografía. La fotografía de un grupo de hombres.

Estupefacto, permaneció más de un minuto contemplándola. Después gruñó:

—No lo entiendo... Lo han matado para arrebatarse esa fotografía... Pero ¿quiénes serán esos tipos?

Miller alargó el cuello. Vio que en la foto había la imagen de cuatro hombres, sentados alrededor de una mesa, en un bien cuidado jardín. Uno de ellos estaba casi de espaldas, pero tenía la cabeza vuelta, mirando a su compañero de la izquierda, y se le distinguía claramente su perfil aguileno.

—Nunca he visto a ninguno de ellos —masculló Mayes—. No obstante, debía tratarse de algo muy grave para... Tendremos que esperar a identificar a la víctima para tener una idea de la clase de embrollo que es éste.

El detective que había salido en busca del bocadillo y la leche, entró y dejó sobre la mesa todo lo pedido, incluido un gran trozo de pastel de manzana. Jimmy miró a los hombres que le rodeaban, como para asegurarse que aquel banquete era para él solo.

—Vamos, come, chico —le animó Mayes—. Todo es para ti. Cuando lo hayas terminado seguiremos hablando. No tendrás miedo de nosotros, ¿verdad?

Jimmy sacudió la cabeza de un lado a otro. Su mano se deslizó en busca del pastel.

Miller exclamó:

—Primero el bocadillo, Jimmy, no hagas trampas.

Empezó a comer. Todos los detectives de la sala se habían acercado para escuchar la extraña historia. El teniente señaló las desolladuras de la rodilla y la nariz del pequeño. Ordenó a uno de sus hombres que trajera del botiquín lo necesario para curárselas.

Mientras Jimmy estuvo comiendo y bebiendo su leche nadie dijo

una palabra. Mayes no podía dejar de estudiar aquella fotografía. Pensó que sería relativamente fácil averiguar quiénes eran aquellos cuatro tipos, y la razón por la cual unos pistoleros habían asesinado a un hombre para arrebatársela...

Habló con Miller aparte, por si podía sacar algo más en claro, pero el policía no sabía una palabra del asunto, de manera que lo despidió para que volviera a su ronda.

Cuando el pequeño terminó con su banquete se decidió a preguntarle:

—¿Estás seguro que no pudiste ver a ninguno de aquellos hombres, Jimmy?

—No los vi. Sólo pude oírlos.

—Ya veo... Supongo que gritarían, excitados...

—No gritaban. Tenían miedo de que los oyeran.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de ellos lo dijo, mientras yo estaba escondido en el portal...

—Comprendo. ¿Qué más oíste?

—Sólo que tenían que registrarlo..., y cosas así...

—¿Algún nombre tal vez? Quizá alguno llamó a su compañero para pedirle algo...

—Uno estaba herido —recordó Jimmy repentinamente. Mayes respingó.

—¿Herido?

—Oí que decía no sé qué de la sangre...

—Muy bien, Jimmy... No te apresures. Nadie tiene prisa aquí y tu madre ya sabe que no te ha ocurrido nada. Tranquilízate y trata de recordarlo todo con detalle...

El pequeño asintió. Recordó algunas cosas más y las dijo, pero no fue hasta que Mayes lo llevó al terreno propicio, con su infinita paciencia, que Jimmy abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Wallach!

—¿Quién es ése?

—No sé..., llamaron así a uno de aquellos hombres, ¿sabe? Lo oí.

—Ajá. ¿Algún otro nombre, Jimmy?

El niño sacudió la cabeza. Entonces sonó el teléfono de la mesa de Mayes y éste tomó el auricular.

—Teniente Mayes al habla —dijo.

Escuchó. Emitió unos gruñidos de asentimiento. Luego preguntó:

—¿Algún documento?

Nueva escucha. Y al fin, con un suspiro, ordenó:

—Está bien, cuiden de que nadie toque nada. Salgo inmediatamente. Colgó y miró a sus hombres, asintiendo con un gesto.

—Los patrulleros lo han encontrado —masculló—. Nada en los bolsillos. El chico ha dicho la verdad.

Reinó un silencio. Los inquietos ojos del chiquillo fueron de uno a otro de aquellos rostros rudos, y finalmente se fijaron en el teniente.

Éste decidió:

—Tú vendrás conmigo, Theisen. Los demás se quedarán aquí con el muchacho. Supongo que su madre no tardará en llegar. Tranquilícenla, y que se lleve a Jimmy. Es mejor que durante un par de días no lo deje andar por la calle...

Se marchó cuando el que había ido en busca del botiquín empezaba a limpiar las heridas que el chiquillo se había hecho al caer en el solar, durante su huida.

Al guardarla en su cartera, Mayes todavía dio otro desconcertado vistazo a la fotografía causante del drama.

«Absurdo», pensó una vez más.

CAPÍTULO III

El Depósito de Cadáveres no había sido nunca el lugar adecuado para mejorar el humor del teniente Mayes, pero aquella noche todavía lo fue menos porque sentíase deprimido. No podía explicarse la razón por la cual semejante estado de ánimo le había asaltado tan súbitamente.

El médico forense que había reconocido el cadáver del desconocido salió de un pequeño cuartucho donde había estado lavándose las manos. Con su voz gruñona explicó:

—No sea terco, teniente. Todo lo que puedo decirle es lo mismo que le he dicho en el callejón. El tipo tiene cinco balazos en el cuerpo, eso es todo.

Mayes tragó aire. Masculló una maldición al sentir el penetrante olor del formaldehído metérsele hasta lo más profundo de los pulmones.

—Está bien, doctor, pero ahora lo ha examinado con más detalle, y con el fiambre desnudo. ¿No puede añadir nada más?

—Sólo que una de las heridas es más vieja que las demás.

—Eso no me lo dijo usted antes. Acláremelo.

—Una de las heridas de la espalda le fue inferida por lo menos una hora antes que las otras. La sangre, a su alrededor, estaba casi seca.

—¿Eso es todo?

—No habrá más hasta que se efectúe la autopsia. Excepto las huellas de golpes, pero eso ya lo sabe usted.

—Sí, al parecer le sacudieron duro al pobre tipo.

—Créame, teniente, no hay nada más que pueda usted hacer aquí. Y yo no pienso *destrigar* a ese tipo hasta mañana por la mañana, así que...

Con un gruñido, Mayes dejó al médico y subió las escaleras en busca de la oficina de recepción del Depósito. Allí pidió las ropas y efectos que habían sido quitados al cadáver.

Todo lo que éste llevaba encima, además del traje, la camisa, los zapatos y la ropa interior, era una funda sobaquera de fina piel.

El teniente estuvo examinándola un buen rato, dándole vueltas entre los dedos y pensando furiosamente. No era una pistolera normal. Calculo que estaba diseñada para contener un arma de gran potencia y volumen, muy distinta de las que los pistoleros suelen manejar.

Una «*Parabellum*» tal vez, o una «Mauser 44»...

Fue cuando se disponía a devolver todo aquello al encargado del Depósito cuando advirtió que unas de las costuras de la funda estaba, al parecer, rota. Tiró de la piel y la abertura se hizo mayor. Y dentro, entre las dos caras de la piel, vio algo que brillaba.

Siguió desgarrando hasta conseguir extraer aquello. Pegó un respingo de sorpresa al reconocer una tarjeta de identidad, perteneciente a un agente federal llamado Cameron West.

—¡Demonio! —exclamó entre dientes. Un agente del FBI.

Súbitamente, la fotografía que guardaba en su cartera cobró inusitada importancia. Al mismo tiempo, comprendió que el caso iba a escapar de sus manos tan pronto diera aviso a la oficina local de los federales..., y casi se alegró.

Guardó la tarjeta junto a la foto, descolgó el teléfono y marcó el número que sabía de memoria. Cuando se estableció la comunicación preguntó:

—¿Está ahí Norman Scott?

La voz femenina que le atendiera no hizo preguntas inútiles. Sonó un chasquido y una voz profunda ocupó el lugar de la anterior.

—Habla Gerald Mayes, Norman. ¿Te acuerdas de mí todavía?

—Seguro, Gerald. ¿Qué tal te van las cosas?

—Como de costumbre...

—Bueno, ¿cuál es tu apuro para que llames aquí?

—Más bien se trata de «vuestro» apuro. Un agente llamado Cameron West... La voz que replicó adquirió un súbito tono duro.

—¿Qué estás intentando decirme, Gerald?

—Está muerto, Norman. Le metieron cinco plomos. Te hablo

desde el Depósito y..., bueno, es una historia un tanto extraña. ¿Puedes venir aquí, ahora, o nos veremos en mi oficina?

—Estaré contigo, en el Depósito, antes de quince minutos. Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada. Mayes suspiró. No le había gustado el tono tenso y metálico adquirido por aquella voz...

Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

CAPÍTULO IV

Norman Scott entró en la oficina del jefe de la Delegación Federal de Nueva York, cerró la puerta y avanzó con pasos lentos.

La expresión de su cara era de extrema tensión. Sus ojos, de un gris metálico, se fijaron en el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—Siéntese, Scott —le indicó su jefe—. Creo que estoy en situación de aclararle algunas dudas. Acabo de recibir informes de varios de nuestros hombres.

—¿Algún dato sobre los asesinos de Cameron?

—Desgraciadamente, no. Pero es pronto todavía para que hayan avanzado mucho en ese terreno. Le he llamado para encargarle el mismo caso que Cameron estaba investigando cuando encontró la muerte.

La mirada de Norman centelleó.

—Gracias, señor —murmuró. Cunningham se removió en su asiento.

—He de advertirle algo muy importante, Scott —dijo—. Sé que usted y Cameron eran íntimos amigos. No desconozco tampoco sus sentimientos, muchacho, de manera que debo recomendarle que enfoque este asunto como otra investigación cualquiera, de rutina, ¿entiende? Nada de sentirse vengativo, ni de querer castigar a los criminales por su propia mano. ¿Entiende usted?

Scott asintió en silencio, con las mandíbulas apretadas resaltando los músculos de su rostro.

—Muy bien, aclarado ese extremo, vamos a tratar de saber qué era lo que Cameron descubrió para que le costase la vida.

—Antes me gustaría saber qué era lo que estaba investigando.

—Naturalmente. Voy a decírselo antes de hacer conjeturas sobre

su muerte y esa fotografía —masculló, señalando la que estaba sobre la mesa, y que el mismo Scott le llevara después de su conversación con el teniente Mayes.

Cunningham encendió un cigarrillo y se recostó en su sillón. Con voz sin inflexiones, comenzó:

—Tuvimos conocimiento de un envío gigantesco de estupefacientes. El informe nos llegó de Europa por medio de uno de nuestros hombres que está trabajando allí. Al parecer, se trata de una de las mayores partidas jamás transportadas, valorada en unos doscientos millones de dólares.

Norman Scott dio un salto.

—¿No será una fantasía, señor? —exclamó.

—No lo es. Hemos comprobado el informe, en Europa. La droga procede de Hong-Kong y Singapur.

—¿Opio tal vez?

—No, Scott. En esta ocasión la trabajaron en sus puntos de origen. Se trata de heroína pura.

—¿Qué opina el Departamento de Narcóticos, señor?

—Tienen a sus hombres trabajando a toda presión. Por eso nos pidieron a uno de los nuestros, de manera que Cameron fue agregado al Departamento, como ahora lo será usted. Pero, al igual que Cameron, trabajará con entera independencia. Opino que es la manera más conveniente, dada la naturaleza del caso.

—Me parece bien.

—Cameron West mandó un informe. Según sus sospechas, el embarque de narcóticos todavía no había entrado al país, pero estaba a punto de llegar. También, y basándose en impresiones imposibles de confirmar, el negocio estaba manejado por una sola cabeza de las altas esferas del crimen.

—Eso no me parece muy acertado, señor —replicó Scott.

—¿Por qué?

—Un solo jefe del hampa, por poderoso que sea, no puede reunir doscientos millones de dólares de un solo golpe. Y usted sabe que los estupefacientes se pagan en metálico..., y al contado. Forzosamente, deben haber otros que financian la empresa.

—Un buen razonamiento —sonrió Cunningham—. Pero que su

compañero ya tuvo en cuenta. En realidad, es posible que alguien haya invertido dinero en la operación, pero desde «fuera», si entiende lo que quiero decir. Más claro —añadió—: el «Hombre Importante» del hampa organiza el negocio, lo planea y busca la fuente de suministro. Al mismo tiempo, prepara aquí, en el país, la red de distribución de esa montaña de veneno. Con todo esto a punto, busca algunos capitalistas para ayudarle a financiar el negocio..., de manera que ellos no arriesguen nada más que su dinero. Permanecen al margen de todo, ¿comprende?

—Ya veo. Es ahí donde entra esa fotografía, ¿no es cierto?

—Posiblemente, aunque no podemos estar seguros...

—Pero es indudable que mataron a Cameron para arrebatársela. Lo demuestra su interés en hacerla llegar a manos de la policía, incluso valiéndose de un chiquillo. Debía estar desesperado para arriesgar así a un niño.

—Es seguro que estaba desesperado, y moribundo además.

—¿Qué ha averiguado respecto a la fotografía, señor?

—Nuestros muchachos han identificado ya a tres de estos hombres —dijo Cunningham, tomando la foto—. Los tres son respetables hombres de negocios, con un historial intachable y comprobado, aunque estoy esperando unos informes complementarios que llegarán de un momento a otro. Tome nota de sus nombres, apréndaselos de memoria y luego destruya el papel. ¿Comprendido?

—Adelante —asintió Scott, aprestándose a escribir.

—Herbert Mailer. Posee la mayoría de acciones de una fundición de acero en Pittsburg, aparte de otros negocios de menor cuantía. Muy rico. Un hermano suyo es senador por el Estado de Vermont.

Hizo una pausa. Scott terminó de anotar aquellos datos y levantó la mirada. Su jefe prosiguió entonces:

—James Mitchell; es el propietario de una gran cadena de restaurantes que se extiende por toda la costa. Varios hoteles de segunda categoría, en Atlantic City, le pertenecen también. Está casado y tiene dos hijos de trece y quince años. También Mailer es casado, aunque no tiene ningún hijo.

—¿Qué hay de los otros?

—El tercero se llama Charles Blair. Es, según mis informes, el más activo de cuantos aparecen en la foto. Entre sus distintos

negocios destacan varios *cabarets* en distintas ciudades. Una compañía de taxis aquí, en Nueva York, y una cadena de sastrerías en gran escala. También fabrica por su cuenta ingentes cantidades de vestidos de confección. Sabemos que no desdena emprender otros negocios si piensa que le van a proporcionar buenos dividendos, aunque tenga que arriesgar grandes sumas en ellos.

—Comprendido. ¿Quién es el cuarto?

—Todavía no lo sabemos. Estamos llevando estas pesquisas con suma discreción para no alarmarlos en caso de que tengan algo que ocultar...

Alguien llamó a la puerta. Cunningham autorizó la entrada y apareció un hombre joven con unos papeles en la mano.

—Mortinson acaba de transmitirlos, señor —anunció, dejándolos sobre la mesa y retirándose.

Cunningham leyó los párrafos mecanografiados. Después tomó dos fotografías tamaño postal y las estudió también con el ceño fruncido.

—Ahí tiene —masculó—. Charles Blair y James Mitchell tienen también sendas clamorosas para entretener el aburrimiento... Écheles un vistazo.

Norman tomó las fotografías. En el dorso de cada una había unas anotaciones. Leyó la primera:

«Leila Coumar. Amante de Charles Blair.
Apartamento 27 de *General Tenace Apartments*».

La foto representaba a una muchacha extremadamente joven y hermosa, con esa belleza sofisticada y provocativa que imperaba en Hollywood en los buenos tiempos de la Monroe. Tenía unos ojos grandes, inocentes y oscuros.

La segunda fotografía pertenecía a una mujer de mirar ardiente, cabellera negra y excitante belleza. Scott estuvo contemplándola unos instantes, fijando aquel bello rostro en su memoria. Después leyó la escueta nota del dorso:

«Jeanine Zolotov. Amante de James Mitchell.
Domicilio sin averiguar por el momento».

—Y bien —masculló—. ¿Qué sugiere usted?

—No hay sugerencias. Cameron debió descubrir alguna relación entre algunos de esos hombres, o uno de ellos, con la partida de estupefacientes. Ésa es la razón por la cual lo mataron. Usted tiene todos los datos conocidos en su poder, así que utilícelos.

El agente se levantó, pensativo y con los ojos brillantes.

—Creo que entablaré relación con esos hombres, uno tras otro si me es posible. Así podré descartar al que me parezca ajeno al caso.

—Ese método puede resultar muy peligroso, Scott...

—Lo sé, señor; pero es el más directo y rápido.

Salió del despacho con sus ideas girando en torno al compañero muerto. Alguien debería vengarlo, a pesar de todo.

CAPÍTULO V

The Cave era un *cabaret* que muy bien podía competir con cualquiera de los locales nocturnos de Nueva York, especialmente en clientela elegante. Norman Scott, acodado en la barra, lo estaba comprobando mientras saboreaba un *gimlet* con aire distraído.

Era el segundo día que se dejaba ver en aquel ambiente. En su primera visita, la suerte le sonrió y logró entablar una superficial relación con James Mitchell, el cual le presentó al propietario del *cabaret*, que resultó ser Charles Blair, como Scott había supuesto.

En esa su segunda noche, Scott aguardaba pacientemente otra oportunidad. La tuvo poco más tarde, cuando Mitchell apareció en compañía de Jeanine Zolotov, la muchacha de la fotografía.

—Parece que le gustó nuestro pequeño y perverso mundo —comentó el financiero, ayudando a *su* acompañante a encaramarse a una banqueta.

Jeanine dirigió una larga mirada al alto hombre de ojos grises y pareció complacida con su contemplación. Pero mantuvo cerrada la boca.

Norman sonrió un poco bobaliconamente.

—Ya le dije que apenas conozco el ambiente nocturno de Nueva York —explicó—. Por lo menos aquí no me siento tan forastero gracias a usted y a ese amigo suyo..., ¿cómo se llama? Éste... el propietario quiero decir...

—Blair —rió Mitchell.

—Eso es. Fueron muy pacientes conmigo.

—Me da la impresión que se aburre usted, ¿eh?

—Francamente, sí.

—Quizá podamos encontrar algunas diversiones excitantes para disipar su aburrimiento. ¿Qué dices tú, Jeanine?

Jeanine no dijo nada. Se limitó a sonreír, mirando a Scott con sus ojos ardientes.

El federal estaba buscando un pretexto para obligarla a hablar, cuando una nueva voz procedente de sus espaldas irrumpió entre ellos como un clarinazo.

—¡Jeanine, encanto! —exclamó la voz—. ¡Y el bueno de James en persona!

Precisamente estaba buscando a alguien que quisiera socorrer a un indigente...

Norman volvió la cabeza. Vio a un tipo de unos treinta años, vestido de *smoking*, rostro mofletudo y ojos enrojecidos por el alcohol. No parecía sostenerse muy bien sobre sus vacilantes piernas.

Observó también que Mitchell hacía una mueca de disgusto. El financiero mascullo:

—Me pregunto si estás sobrio alguna que otra vez, Marty.

—¡Jamás! —protestó el aludido—. La embriaguez es el estado perfecto del hombre.

¿Qué te parece la frase?

—Detestable.

—¿Nadie invita a un trago?

Mitchell hizo una señal al mozo, que se apresuró a servir un generoso *whisky*. Marty lo tomó con mano insegura y lo apuró de un solo trago.

—¡Ajá, el néctar de la vida! ¿Qué te pasa, Jeanine? Me miras como si quisieras hundirme en la tierra.

—Estás equivocado. No te miro de ninguna manera.

—Precisamente eso es un hecho cierto y lamentable...

Fijó entonces la mirada en Norman Scott. Se le vio cómo realizaba un gran esfuerzo para situar aquella cara de rasgos duros en algún rincón de su turbia mente. Al fracasar en el intento mascullo:

—Que me aspen si le conozco a usted, amigo...

—Scott no ha tenido nunca la desgracia de conocerte, Marty —replicó Mitchell de mal talante—. Por lo menos, hasta esta noche.

Pagó el gasto de todos ellos y ayudó a Jeanine a descender del taburete. Dijo, dirigiéndose a Scott:

—Nos veremos más tarde. Ya seguiremos hablando de esas

diversiones...

Y se alejó con evidente disgusto, llevando a la muchacha como si fuera un objeto de su exclusiva propiedad.

El borracho masculló una frase poco amable dirigida al financiero. Luego, realizó algunos equilibrios y al fin pudo instalarse en el taburete que Mitchell había dejado vacante.

—Ese saco de billetes ha olvidado presentarnos —dijo con voz insegura—. Me llamo Marty... Marty Holden...

—Norman Scott. ¿Le apetece otro *whisky*?

—¡Vaya pregunta inútil!

El mismo encargó la bebida. Luego miró al federal con una lucecilla de curiosidad en el fondo de sus turbias pupilas.

—Usted es nuevo aquí, ¿eh? No recuerdo haberlo visto nunca.

—Soy forastero, de Iowa.

—Me resultan simpáticos los forasteros que me invitan a beber. ¿Hace mucho tiempo que conoce a Mitchell?

—No... En realidad, nos conocimos anoche, aquí mismo.

—Ya veo...

Tomó el vaso que el mozo acababa de servirle y lo bebió con la misma rapidez que el anterior.

—¿Qué le parecería dar una vuelta por todos los antros de la ciudad? —propuso, después de dejar el vaso—. Puedo llevarle a lugares que jamás conocerá si no es en mi compañía.

—Podría resultar divertido —reconoció Scott precavidamente.

—Claro que se necesita algún dinero para eso... ¿Cómo ha dicho que se llama? Ah, sí, Norman. Bueno, ¿qué tal anda usted de pasta?

—Bastante bien, pero sólo me gusta gastarla en cosas que valgan realmente la pena.

—Verá cosas que nunca soñó. Pague y vámonos.

Norman abonó la bebida y salieron. Marty Holden tenía un coche bastante viejo, y a pesar de su estado se empeñó en conducir. Scott rogó al cielo que velara por su integridad al ver la temeraria manera de llevar el volante de que Holden hacía gala.

Primero entraron en un tugurio más o menos existencialista, en Greenwich Village. Los tipos que allí vio hubieran podido servir para un concienzudo estudio sociológico.

Después fue un garito en cuyos sótanos había mesas de dados, muy animados. Dejó algunos dólares en ellas.

Cuando se cansó de otras tres visitas por el estilo, exclamó con energía:

—Si todo esto es lo que usted conoce de Nueva York, será mejor que nos marchemos a dormir...

—Todavía no ha visto nada —tartajeó Marty, cada vez más borracho—. ¿Ha contemplado alguna vez una danza ritual en un garito de desnudistas?

—No.

—Ya me lo imaginaba. Vamos allá.

Se metieron por una serie de callejas oscuras y desiertas. Scott pensó con cierta calma que Cameron fue muerto en una callejuela semejante.

—La entrada es libre para los conocidos —explicó su guía—, aunque los precios, en el interior, son un atraco a la descarada. Pero vale la pena.

Era un local más bien pequeño, con varias mesas alrededor de una pista de baile, una orquesta bastante desafinada y un bar como todos los demás. La clientela era más bien ordinaria y vocinglera.

Para entrar, Holden había tenido que identificarse. Pero una vez reconocido no hubo más dificultades.

Cuando estuvieron sentados a una mesa, Holden masculló:

—Fíjese en el ambiente, compañero. Es casi tétrico. La policía mete las narices por aquí de vez en cuando, imponen una multa al dueño por inmoralidad del espectáculo y se largan. Naturalmente, el propietario está conforma con pagar las multas..., su espectáculo y sus precios se las amortizan en cinco minutos...

—Un tipo muy listo...

Algunas parejas bailaban en la pista. Norman encargó dos bebidas. El borracho remachó, cuando él camarero se disponía a retirarse:

—Dobles.

Scott se preguntó cuánto tiempo tardaría el borracho en rodar bajo la mesa.

Pero bebió él *whisky* doble como si fuera agua. Su única reacción fue un leve estremecimiento. Era asombrosa su capacidad para asimilar el alcohol.

—Paciencia, compañero —recomendó Marty—. El espectáculo no empieza hasta las doce.

—Bueno..., no tengo prisa alguna.

Scott hizo otra seña al camarero. Nuevos vasos sustituyeron a los vacíos.

Cuando Holden hubo vaciado ese nuevo *whisky* comentó como si hablara sólo para no estar callado:

—Parece que Mitchell no le tiene mucha simpatía, Marty.

—Ese cerdo... Bueno, no me perdona que le hiciera el amor a su amada Jeanine..., hace algún tiempo.

—Usted parece que le conoce bien. Es un hombre celoso y posesivo.

—Como un sultán —rió Holden.

Pidió otro *whisky* y el camarero voló para traerlo. El vaso de Scott estaba todavía casi lleno.

—¿Cómo hizo usted amistad con él?

—¿Con Mitchell? Lo conocí hace meses por mediación de McKnight. Ése sí que es un tipo listo...

—¿McKnight?

—Sí... Tan listo que hasta a mí logró sacarme un dinero que no tenía... ¡Qué tipo! Él nos presentó..., luego se enfureció conmigo, cuando traté de quitarle la chica a Mitchell, porque éste le dio las culpas por haberme puesto en relación con Jeanine...

—Debió ser un buen espectáculo.

—¡No lo sabe usted bien, compañero!

—¿Y dónde anda ahora ese McKnight?

—Regístreme. Desapareció poco después de nuestra disputa.

—¿Sabe dónde vivía?

—No, nunca lo supe... —Holden comenzaba a perder el control, y al engullir el último *Whisky* que había pedido, su lengua, se desató a las preguntas de su compañero de mesa—. McKnight es un cerdo, ¿comprende? Tenía una amiguita... una preciosidad. Pero él la explotaba. Es el tipo más repugnante que...

Se interrumpió. Su voz era tan confusa que apenas si se comprendían sus palabras. No obstante, Norman pidió otro doble y esperó a que el camarero se lo trajera antes de preguntar de nuevo:

—¿Y dónde vivía esa amiguita?

—Caray, pues no lo sé... Oiga, está preguntando usted cosas idiotas. ¿Qué le importa la chica, ni McKnight ya que estamos en eso?

—Bueno, usted es quien ha empezado a hablar de ellos. Creí que le gustaba recordarlos y le he seguido la corriente.

—¡Gustarme recordar a ese sucio hijo de perra...! Al diablo con él. Bebamos.

Bebió. Se tambaleó en la silla. Scott le escrutó con ojo crítico. No le interesaba que perdiese el conocimiento todavía.

—De manera que su amigo se dedicaba a explotar a las mujeres. ¿Eh, Marty? —dijo, al cabo de unos minutos.

—Por lo menos, a ella sí... se llamaba Evelyn, ¿lo había dicho antes?

—No.

—Bueno, él la llamaba Eve... Muy linda, sí señor...

—¿Y dónde ha dicho usted que vivía esa preciosidad?

—No se lo he dicho porque no lo sé... Tenía un apartamento en alguna parte de Brooklyn...

Bebió el *whisky* con más calma esta vez, pero vació el vaso y su mirada se hizo apagada y sucia, como si estuviese a punto de derrumbarse.

Scott reflexionó rápidamente. Tal vez en lo que Holden le había dicho hubiera algo de interés, aunque lo dudaba. Más bien parecía un parásito vicioso cuya única ambición era embrutecerse con el alcohol.

Antes que pudiera hacerle más preguntas dio comienzo el espectáculo. A Norman se le antojó que la inmoralidad del mismo era más aparente que real, tal vez porque estaba envuelto en un halo de miseria y tristeza, carente por completo de intención. Era una vulgar exhibición de *strip-tease* sin el menor asomo de arte.

No obstante, Marty pareció extasiarse y olvidó por completo la presencia de Scott, hasta que la música cesó y la pista volvió a quedar a disposición de las parejas.

Entonces, el borracho indagó:

—¿Qué le ha parecido?

—¡Magnífico! —mintió—. Tenía usted razón. Vale la pena.

Marty todavía engulló otro *whisky*, antes de reconocer que estaba en condiciones de acostarse. Scott dijo:

—Pero le llevaré yo ahora. No quiero que se haga pedazos contra un poste. Riendo, Marty consintió.

Así fue cómo el federal averiguó la dirección de Marty Holden.

Con él, sosteniéndolo, subió en el ascensor hasta un apartamento bien amueblado, donde el borracho se derrumbó sobre un diván, quedando dormido en el acto. Scott aprovechó para dar un vistazo a su alrededor.

Había varias fotografías de mujeres en las paredes. Las examinó. Algunas llevaban dedicatorias.

Una de ellas estaba firmada por una chica llamada Eve. Una muchacha hermosa, de cabellera platinada, vestida coa una malla y un corpiño de lentejuelas. La foto había sido tomada en un escenario sin duda alguna.

Asegurándose que el borracho seguía dormido, Norman la arrancó de la pared, y, doblándola, la guardó en su bolsillo. Hecho esto abandonó el apartamento sin hacer ruido.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, Scott subió al apartamento de Marty con la esperanza de seguir la charla interrumpida la noche anterior. Había pasado muchas horas dándole vueltas a todo lo escuchado, y había llegado a la conclusión de que todo aquello merecía ser profundizado.

También había contribuido a su decisión la fotografía de la hermosa Eve.

Pero nadie respondió a su llamada, de manera que volvió a bajo y buscó al conserje del edificio.

—¿Marty Holden? —masculló el portero—. Ha salido hace algún tiempo...

—Necesito encontrarlo. ¿Sabe usted qué lugares frecuenta a estas horas de la mañana?

—Quizá lo encuentre usted en el Chary, un bar de la calle Morton. Acostumbra desayunar allí.

Aquella mañana, Marty había seguido su costumbre. Scott le encontró en la barra, mirando melancólicamente un plato vacío y un vaso, igualmente limpio.

—Bueno, precisamente estaba pensando en usted —manifestó el borracho, con voz pastosa—. He despertado con un dolor de cabeza espantoso. ¿Qué pasó anoche?

—Bebió usted como un cosaco, eso es todo.

—Y usted hizo de buen samaritano... A veces pierdo el control, usted sabe..., pero siempre encuentro a alguien que me lleva a casa. Soy un tipo afortunado.

Scott pidió café. Luego dijo:

—Anoche me contó usted cierta historia sobre un hombre llamado McKnight, y una chica cuyo nombre es Evelyn...

—¿Y qué con eso?

—Me interesan esos dos personajes. Marty le miró sospechosamente.

—¿Por qué? Usted no los conoce.

—Seguro que no, pero siguen interesándome... Usted dijo que conoció a Mitchel por mediación de McKnight. ¿No es cierto?

—Un momento, amigo. Usted se trae algo raro entre manos y yo quiero saber lo que es antes de seguir adelante. ¿Qué es lo que busca?

—A Evelyn y a su explotador.

—¿Para qué?

—No pienso decírselo.

—¿Está realmente tan interesado en encontrarlos?

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

—No comprendo.

—¿Cuánto estaría dispuesto a pagar, viejo? Scott tragó aire, iracundo.

—De manera que sabe dónde puedo ponerme en contacto con ellos. Es usted un...

—No lo diga o me enfadaré. ¿Cuánto, Norman?

—Nada, No puedo pagarle ningún dinero por eso.

—Entonces, cambie de conversación. Hace un tiempo de todos los demonios. ¿Se ha dado cuenta?

—No siga por ese camino. McKnight era amigo de Mitchell. Muy bien, ¿qué relación había entre los dos?

—No lo sé.

—No quiere decirlo, que es muy distinto.

—Me he dado cuenta que usted persigue algo concreto, Norman. Muy bien puedo oler vina buena tajada a una milla de distancia, así que si quiere enterarse de lo que le interesa, busque cinco mil dólares..., entonces hablaremos nuevamente.

—Usted está chiflado. ¡Cinco mil dólares!

—Ni un centavo menos.

Saltó del taburete. Scott se contuvo a duras penas y preguntó de sopetón:

—¿Oyó alguna vez el nombre de Cameron West?

—No. Cinco mil dólares, amigo. Creo que ya sé lo que anda

buscando, y conseguirlo le costará esa cantidad. Hasta la vista, compadre.

Scott titubeó. Hubiera podido detenerlo solo con una palabra, pero pensó que todavía era pronto para desencadenar los acontecimientos. Vio cómo Marty salía a la calle y desaparecía de su vista. Quedó pensando en el cinismo de aquel tipo. Al llamar al mozo se enteró de que Holden ni siquiera había pagado su desayuno.

Acababa de recibir el cambio cuando en la calle pareció desencadenarse un terremoto. Hubo un estruendo tremendo, el gemido de las ruedas de un coche y un repentino silencio después. El estruendo fue producido por una ametralladora sin duda alguna. Norman corrió hacia la puerta a tiempo de ver desaparecer un coche tras la primera esquina.

La gente corría alocadamente en todas direcciones. Los gritos histéricos de las mujeres habían roto el repentino silencio que siguiera a la ráfaga de disparos y la calle parecía haberse convertido en un manicomio.

Vio también el grupo que estaba formándose más abajo, casi en la esquina, y también corrió hacia allí.

Marty Holden yacía de cara al cielo, con los ojos inmensamente abiertos y muertos. Infinidad de orificios habían destrozado sus ropas y la sangre brotaba de todos ellos, cálida y fluida como un río de vida pronto a extinguirse.

Inquieto y desconcertado, retrocedió ante la llegada de unos policías de uniforme y se alejó de aquellos alrededores.

Anduvo alejándose cada vez más del lugar del crimen, reflexionando a toda presión.

Bien, era indudable que Holden sabía algo lo bastante importante como para valer cinco mil dólares. Pero también era seguro que los hombres a quienes trataba de descubrir sabían que Holden era un peligro, por lo cual habían decidido eliminarlo, lo cual se prestaba a otra conjetura no menos inquietante, y era que si habían decidido liquidar a Holden precisamente en aquel momento y no antes ni después, podía ser debido a que habían descubierto que el hombre con quien estaba hablando era un agente federal...

De eso a pensar en el trágico fin de Cameron West había un solo paso.

Decidió hablar con Cunningham sobre lo ocurrido, de manera que buscó un teléfono público, se encerró en la cabina y estableció comunicación con la oficina.

Su jefe le escuchó en silencio hasta que terminó su informe. Luego masculló:

—Ahora, más que nunca, debe usted ser precavido, Scott. Supongo que sabe lo que significa que hayan matado a ese hombre.

—Lo sé, señor. Pero creo que debo actuar más descaradamente a partir de ahora. Si ellos me conocen no hay razón para que ande jugando al escondite.

—Es mejor ese juego que verse en un ataúd.

—Correré el riesgo. La historia que me contó Holden anoche, más su petición de dinero de esta mañana, me inducen a creer que Mitchell no es tan limpio como creemos. Tengo la impresión de que ese McKnight, que fue quien les puso en relación, puede ser un eslabón de la cadena que buscamos.

—Haga lo que crea más conveniente, muchacho, pero tenga mucho cuidado.

—¿Hay alguna novedad en la oficina que yo desconozca, señor?

—Sin duda, Scott. Hemos identificado al cuarto de los hombres que aparecen en la fotografía. Se trata de Thomas Waugh, otro gran hombre de negocios, tan acaudalado como los demás del grupo.

—¿Nada sospechoso referente a él?

—En absoluto. Es propietario de grandes almacenes, empresas de transportes y comercios de distintas clases. Maneja grandes sumas de dinero en la Bolsa.

—Bueno, ya me ocuparé de él cuando pueda. Mi primer objetivo ahora es James Mitchell. ¿Algo más, señor?

—Nada más. Abra bien los ojos, Scott...

Colgó, salió a la calle y llamó un taxi, al que dio la dirección de Mitchell. Durante el trayecto estuvo elaborando su plan de ataque contra el financiero. Había que andar con pies de plomo tratándose de individuos poderosos e influyentes, pero estaba dispuesto a llevar las cosas hasta donde fuera preciso. A pesar de las recomendaciones de su jefe, ansiaba vengar a Cameron... de la manera que fuese.

CAPÍTULO VII

La casa de Mitchell estaba en el corazón de un barrio residencial, al norte de Queens, casi al final de un paseo bordeado de árboles y cerca de un frondoso parque. Scott abandonó el taxi ante la verja, echó un vistazo al jardín, y como viera que la reja de entrada estaba abierta penetró por ella en el ancho sendero de grava.

Contempló la lujosa residencia mientras se aproximaba a ella. Reinaba un cómodo silencio, tanto en la casa como en el jardín. Por entre los macizos de flores y los recortados arbustos distinguió una piscina y, más al fondo, un amplio garaje con las puertas abiertas. Había un coche dentro, en la penumbra.

Al llegar a la puerta vio que estaba abierta. Se detuvo y escuchó.

No oyó nada, así que pulsó el timbre. Algo flotaba en el aire, una vaga amenaza que no supo definir si se trataba de un presentimiento o de algo que sus sentidos captaban sin advertirlo él de manera consciente.

Avanzó por un espacioso vestíbulo, al fondo del cual se elevaba una gran escalera en forma de media luna. Vio que a ambos lados de la escalera había dos puertas cerradas, otra a su izquierda y tres a la derecha, la única que no parecía cerrada del todo era la de la izquierda. Se dirigió a ella.

Al empujarla oyó un chasquido sordo que identificó instantáneamente. Saltó a un lado mientras en la madera aparecía un limpio agujero producido por una bala.

Ahogando un juramento, Scott sacó la pistola y se apretó contra la pared. Su «Webley» no llevaba silenciador, de manera que si disparaba armaría un estruendo capaz de alarmar a todo el vecindario, por alejado que fuera. Esperó unos instantes. Escuchó el roce de unos pies dentro de aquella estancia.

También, sobre su cabeza, en las habitaciones del piso, alguien se movió precipitadamente. Pensó que si le sorprendían entre dos fuegos lo pasaría muy mal. Se deslizó pegado a la pared hasta encontrar la protección que le ofrecía el respaldo de una butaca. Se acurrucó detrás y aguardó.

Pasaron un par de minutos cargados de tensión. El completo silencio de la casa parecía llenarse de sonidos extraños, roces misteriosos y amenazadores, que tensaban sus nervios hasta el punto de ruptura.

No obstante, se mantuvo inmóvil, alerta y con la «Webley» dispuesta a entrar en acción.

Los pasos sobre su cabeza se extinguieron. Hubo un leve movimiento en lo alto de la escalera. Dirigió la mira de su pistola hacia arriba, y aguardó hasta que pudo descubrir el bulto casi invisible que se arrastraba pegado a la barandilla de mármol del rellano.

Apretó los dientes y el disparador a un tiempo. El seco y potente estampido de la automática retumbó como una bomba entre las paredes.

En el rellano de la escalera, un hombre lanzó un alarido y el bulto retrocedió de repente. Lo había herido. Un buen comienzo.

Pero había descuidado la puerta, y desde allí le mandaron dos balazos casi simultáneos que fueron a incrustarse en el relleno de la butaca, obligándole a pegarse contra el suelo. Sólo había oído el *plop* del silenciador por dos veces. Disparó a ciegas, únicamente para mantener ocupado a aquel tirador. Las detonaciones le hicieron vibrar los oídos.

Alguien respondió a su fuego. Fugazmente, por un fugaz instante vislumbró la silueta de su atacante y disparó otra vez. El hombre desapareció. Instantes después escuchó el estallido de unos cristales al romperse. Pensó que tal vez su enemigo huía por una ventana...

Se levantó poco a poco. Una bala bajó de las alturas, zumbando junto a su cabeza y demostrándole que el herido todavía podía valerse por sí mismo.

Furioso, empujó el butacón en dirección a la puerta desde la cual le habían tiroteado. Sólo desde arriba le hostigaron, pero debido al forzado ángulo de los disparos estaba a salvo.

Así llegó hasta la habitación, echó un vistazo al interior y vio los

rotos cristales de un ventanal. De un salto estuvo dentro del cuarto, amueblado como una salita de descanso.

Estaba desierta. No había rastro del atacante.

Comprobó que tampoco desde la ventana se veía rastro del pistolero y se dispuso a ajustarle las cuentas al que estaba en el piso, para lo cual regresó al umbral de la puerta.

Pero la situación había cambiado en aquellos últimos segundos. La bala que astilló la madera a la altura de su cabeza no llevaba una trayectoria descendente, sino horizontal por completo. Y le había sido disparada desde la puerta de entrada a la casa. Demasiado tarde, comprendió que le habían ganado por la mano.

Una voz ronca y excitada gritó:

—¡Baja, Wallach, yo te cubriré! Wallach... De nuevo aquel nombre.

Escuchó unos rápidos pasos en la escalera. Intentó atisbar, lo justo para ver dónde debía dirigir los tiros, pero un proyectil le pasó tan cerca de la cabeza que casi le alborotó el cabello. Se echó hacia atrás. Supo que desde allí jamás conseguiría abatir a los asaltantes.

¡La ventana! Masculló una imprecación y corrió hacia ella. Mas para entonces, los pistoleros habían abandonado la casa y, con el mismo amenazador *plop* de costumbre, le dispararon desde el exterior, haciendo añicos los restos del cristal que todavía quedaban en la ventana.

Cuando corrió hacia la puerta de salida era demasiado tarde para alcanzar a los fugitivos, de manera que decidió comprobar qué les había sucedido a los ocupantes de la casa.

Precipitadamente, recorrió la planta baja. No encontró a nadie.

En el piso, dentro de un dormitorio, halló a tres personas sólidamente atadas y amordazadas, tendidas en el suelo. Se detuvo un instante en el umbral, todavía con la pistola en la mano, y advirtió el terror en las pupilas de las dos mujeres, mientras el hombre se limitaba a mirarle fijamente, más furioso que asustado.

—No se alarmen —dijo, guardando el arma—. Los asaltantes han huido ya...

Primero desató a las dos mujeres. Una de ellas llevaba el uniforme de sirvienta. La otra vestía un elegante vestido mañanero y todo su porte era de distinción.

Por último, se ocupó del individuo que respiraba agitadamente.

Vio que llevaba unos pantalones grises, con un ribete negro. Debía tratarse también de un sirviente, aunque estaba en mangas de camisa.

—¡Dios santo, ha sido espantoso! —gimió la dama. Scott se volvió hacia ella.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—No lo sé... Esos horribles individuos... han entrado empuñando sus pistolas... nos han traído a los tres aquí y nos han amarrado. Después han comenzado a registrarlo todo...

—¿Les han dicho que buscaban?

—No... apenas si han pronunciado una palabra.

El hombre fue el más práctico de las tres víctimas.

—¿Quién es usted, señor? —indagó—. No me explico cómo ha llegado tan a tiempo...

—Deseaba ver a James Mitchell...

—Las visitas del señor no acostumbran venir armados, señor —insistió el hombre con suspicacia.

No le respondió, dedicándose a escrutar el bello rostro de la mujer a la que suponía dueña de la casa.

Finalmente, preguntó:

—¿Es usted la señora Mitchel?

—Sí...

—Me llamó Scott. Conocí a su esposo en la ciudad y...

El ruido de un coche al acercarse por la grava, que chirriaba bajo los neumáticos, le interrumpió. Ella exclamó:

—¡Es él!

Los cuatro descendieron las escaleras a tiempo de ver entrar a James Mitchel, un poco sorprendido por encontrar las puertas abiertas de par en par. El hombre se detuvo en seco al ver el grupo en la escalera.

—¿Qué ocurre, Muriel? —preguntó, extrañado. Luego reconoció a Norman y enarcó las cejas—. ¡Scott! ¿Qué demonios hace usted aquí?

—Parece que soy el héroe del día —comentó el federal, acabando de descender las escaleras—. He llegado justo a tiempo de poner en fuga a un par de asaltantes.

—¿Asaltantes?

—Ajá... Su esposa podrá explicarle. Todo lo que yo sé es que

cuando he llegado la puerta estaba abierta. Al entrar, rae han recibido a tiros, de manera que les he devuelto el fuego y han escapado. Pero uno de ellos está herido sin duda alguna. ¿Qué podían buscar aquí esos tipos, Mitchell?

—¿Cómo diablo quiere que lo sepa? —corrió al encuentro de su mujer, a la que sostuvo amorosamente. Norman pensó si sería tan atento con Jeanine...

—Será mejor que echemos un vistazo —aconsejó Scott con calma, mirando a Mitchell—. Sólo para ver si se han llevado algo.

—Creo que deberíamos llamar a la policía, señor —aconsejó el chofer.

—Hay tiempo —gruñó su patrón—. Antes quiero saber cómo ha llegado usted tan a tiempo, Scott.

—Quería verle. Hay algunas cosas que deseo discutir con usted en privado. La mirada del hombre se endureció.

—¿Qué clase de cosas?

—En privado, por favor —repitió Scott.

Tras una vacilación, Mitchell miró a su mujer, sonriéndole.

—Espérame en la biblioteca, querida. Luego trataremos de aclarar este misterio... no tardaré mucho.

Los dos sirvientes se retiraron, sin proferir una palabra. Norman esperó a que tanto ellos como la dueña de la casa hubieran desaparecido y entonces siguió a Mitchell al interior de la salita donde había estado escondido uno de los pistoleros.

—¿Y bien, Scott? —interrogó el dueño de la casa—. Esperó que tenga una explicación satisfactoria que justifique su actitud.

—Está bien, le escucho. Y no pierda tiempo, por favor.

—En primer lugar, hablemos de un tipo llamado McKnight. ¿Lo recuerda usted, Mitchell?

—¿McKnight?

—Ése es el nombre.

—No creo que...

—Cambie de rumbo, por favor. Fue McKnight quien le presentó a Marty Holden, ¿no es cierto?

—Bueno, no veo qué pueda importarle eso...

—¿Es cierto o no?

—Sí...

—Okey. ¿Qué relación hubo entre usted y McKnight? Inquieto, el

millonario miró la puerta cerrada. Luego masculló:

—¡No es posible...! Trata de confundirme...

—¿Por qué tendría que hacerlo? Estoy diciéndole la verdad. Ha sido baleado en pleno día desde un coche que huyó. Y ahora, ¿me dirá qué relación hubo entre McKnight y usted?

De nuevo miró hacia la puerta con desasosiego.

—No me gustaría que Muriel...

—Ella no tiene por qué saber nada...

—Bueno, McKnight era un cerdo que...

—¿Era?

—Hace tiempo que no sé de él.

—Prosiga.

—No hay mucho que decir. El arregló el encuentro con Jeanine.

Se dedicaba a eso, ¿comprende?

—Ya veo...

—Le pagué, usted sabe... después intensó sacarme más dinero y le mandé al infierno.

Ya no volví a verlo.

—¿Dónde vivía?

—No tengo la menor idea.

—¿Conocía usted a la amigueta de McKnight, una chica llamada Evelyn?

—Creo que la vi alguna vez en su compañía.

Desilusionado, Scott trató de pensar. Tenía la impresión de que había estado perdiendo el tiempo.

O quizá no.

—Veamos ahora qué buscaban esos tipos —decidió—. No creo que hayan entrado a robar simplemente.

Pero media hora más tarde tuvo que darse por vencido. No pudieron descubrir si se habían llevado algo o no. Desde luego, todo estaba revuelto, y tardarían cierto tiempo en ponerlo otra vez en orden.

—Cuando su sirvienta termine —indicó—, vuelva a examinar usted sus efectos. Si encuentra a faltar cualquiera de ellos sabremos qué era lo que les interesaba. Volveré a verle dentro de poco, Mitchel.

—Un momento. ¿Quién demonios es usted, Scott?

—Eso tendrá que averiguarlo por su cuenta..., si es que ya no lo

sabe...

Giró sobre sus talones y se marchó. El potentado ya tenía algo más de qué preocuparse.

O quizá fuera él quien debería preocuparse en realidad. Scott se encogió de hombros resignadamente.

Ingrata profesión la suya...

CAPÍTULO VIII

Hacía rato que habían dado las diez de la noche. No obstante, las oficinas del FBI, en Nueva York, continuaban en toda su actividad.

Scott entró en el despacho de Cunningham, en respuesta a una llamada de éste.

—Parece que hemos dado con algo, Scott —gruñó su jefe, pero sin demostrar entusiasmo alguno.

—¿Se refiere usted a Mitchell, acaso?

—No.

—Ya veo; McKnight, entonces.

—Tampoco. Marty Holden es nuestro eslabón. Scott soltó un gruñido de desencanto.

—Un eslabón roto —masculló—. De poco va a servirnos.

—Quizá nos ha servido precisamente por haber sido asesinado. Hemos revisado todo su historial. Durante estas últimas horas todos nuestros hombres disponibles han estado ocupándose de él.

—Espero que hayan sido más afortunados que yo, señor.

—Juzgue usted mismo; Holden, un degenerado holgazán y parásito, estuvo una temporada revoloteando alrededor de Peter Angelino. ¿No le recuerda nada ese nombre?

—¿Angelino? ¡Ya lo creo que sí! Uno de los hombres clave del hampa, según mis informes.

—Pues, efectivamente, el cabecilla de una organización criminal afecta al Sindicato. Estuvo detenido un par de veces, pero puesto en libertad por falta de pruebas. No obstante, todo el mundo estaba convencido que era uno de los mayores traficantes de narcóticos del país. En sus tiempos, fue uno de los ayudantes más fieles de Lucky Luciano.

—Usted habla de él como si estuviera muerto...

—Vive todavía, aunque retirado de los negocios desde hace tiempo.

—¿Alguna duda sobre esa retirada?

—Al parecer, ninguna. Dejó de hablarse de él después de que Lucky Luciano muriera.

Desde entonces se ha mantenido al margen de toda actividad delictiva.

—O ha sabido desenvolverse con extremado sigilo —repuso Scott, pensativo.

—Es posible. Lo que le devuelve al primer plano es que Holden haya sido asesinado cuando estaba a punto de venderle información a usted. Y Holden hizo algunos trabajos para él en sus buenos tiempos.

—Según yo lo veo, Peter Angelino encaja perfectamente en el papel de organizador de un golpe como el que está en marcha.

—Desde luego, pero volvemos al punto de partida. ¿Quién ha financiado la operación? Angelino disfruta de cierta posición actualmente, pero no dispone ni con mucho de la décima parte de ese capital.

—Lo cual nos lleva a nuestros cuatro financieros una vez más.

—Eso es. Tenemos que buscar un contacto entre cualquiera de ellos con Angelino. O quizá intervienen más de uno... es mucho dinero, incluso para un gran millonario, el que está en juego.

—Y ese nombre, McKnight. ¿Consta en nuestros ficheros?

—En absoluto. O se trata de un proxeneta cualquiera, desligado por completo del caso que estamos investigando, o utilizó un nombre falso.

—Lo sabremos cuando localice a su amiguita, esa Evelyn del retrato. A propósito, estoy citado esta noche con un agente teatral amigo mío. Sí ella es artista quizá pueda encontrarla por ese medio. Me hace suponer que lo sea el que en la foto aparezca en un escenario, vestida con mallas negras y corpiño de lentejuelas... parece una bailarina.

—Muy bien, Scott, adelante con eso. Y adopte más precauciones de las que empleó Cameron West. No me gustaría perderle también a usted, muchacho...

—Menos me gustaría a mí, señor —comentó el agente, sonriendo.

Cunningham le vio marchar con el ceño fruncido. Le hubiera gustado poder ocupar el lugar de aquel fornido muchacho y ocuparse personalmente de aquel caso, sólo para no exponer a otro de sus muchachos a una muerte espantosa.

No obstante, debía quedarse sentado detrás de aquel escritorio, ordenando, disponiendo informes y planes de campaña, haciendo, en suma, un trabajo casi burocrático. Al fin, se consoló pensando que ya era demasiado viejo para semejantes trotes...

CAPÍTULO IX

El agente teatral se llamaba Brand. Habían quedado citados en el bar del Mogador, donde llegó con cierto retraso, pero con su eterna sonrisa en los labios.

—Lo siento, Norman —se excusó—, pero ya sabes cómo es ese condenado trabajo mío. ¿Cómo te va?

—Ni bien ni mal. Estoy atascado en un caso que investigo. Espero que tú puedas ayudarme.

—¿De qué se trata?

Scott pidió una bebida para su amigo. Tras esto le mostró la fotografía de Evelyn.

—Necesito encontrar a esta mujer, Brand. Al parecer, se trata de una artista de teatro o de *cabaret*. ¿La has visto alguna vez?

—Seguro. Su representante fue la agencia Mortinson.

—Ya sabía que tú me lo solucionarías. ¿Puedes ponerte en contacto con ellos para averiguar dónde vivía esa chica?

—¿A estas horas? Ten un poco de compasión, Norman... me echarán los perros si...

—Es muy importante.

—Oh, está bien. Lo intentaré por teléfono. Espera aquí.

Bebió un sorbo de *whisky* y después se alejó. Scott saboreó su cerveza y aguardó, impaciente.

Tuvo tiempo sobrado de vaciar el vaso y fumar un cigarrillo antes de que Brand estuviera de vuelta.

—Bueno, he tenido que soportar un chaparrón de maldiciones, amigo. Todavía me zumban los oídos.

—Pero lo has conseguido, ¿no es así?

—Sí, pero no debería haberlo intentado siquiera a estas horas de la noche.

—Está bien, olvida tus lamentaciones y el grano. ¿Has averiguado el domicilio de esa niña?

—Está en la calle 98 Este. En el número 513. Scott anotó las señas.

—Creo que le haré una visita.

—¿Esperas que te reciba a estas horas de la noche? Hay que reconocer que tienes desfachatez, compañero.

—A veces resulta muy instructivo sorprender a la gente durante las horas de sueño...

—Sobre todo si se trata de una muchacha hermosa y la sacas de la cama, ¿eh? Por lo general, usan esos camisones parecidos a espuma, y si hay una luz encendida en el apartamento, tras ella...

—Olvídalo. El placer está reñido con el deber.

—A otro perro con ese hueso. Ah, casi me olvido; también me han dado el teléfono de esa dama. Puedes llamarla si quieres ahorrarte un viaje inútil.

Scott tomó nota del número, fue al teléfono y llamó. No obtuvo respuesta.

Al volver al mostrador refunfuñó:

—Quizá haya salido a divertirse un poco. Lo intentaré más tarde.

Dio las gracias a su amigo y se marchó, dispuesto a aprovechar el tiempo.

Primero visitó The Cave, con la esperanza de encontrar a Jeanine sin la compañía de Mitchell. No pudo descubrir a ninguno de los dos.

Uno de los camareros tenía cara de zorro viejo. Se dirigió a él, le entregó disimuladamente un par de dólares y preguntó:

—¿Conoce a Jeanine Zolotov?

—Seguro.

—¿Ha estado aquí esta noche?

—No, señor. Pero es temprano todavía...

—¿Acostumbre a venir alguna vez sola, sin la compañía de Mitchell?

—Muy raras veces, que yo recuerde.

—Está bien, sólo dígame dónde vive y le dejaré en paz, amigo.

—A eso no puedo responder. No tengo la menor idea de su domicilio. Aunque, si me permite decírselo, señor, no me parece

que el señor Mitchell sea precisamente un hombre pacífico..., usted ya comprende, ¿no?

—Correré el riesgo de desatar las iras del señor Mitchell. ¿Sabe usted o no dónde puedo encontrar a esa muchacha?

—No lo sé, pero tal vez la encargada del lavabo de señoras pueda decírselo. Algunas veces ha hecho recados para ella.

—Lo intentaré, gracias.

El camarero quedóse clavado en el suelo, moviendo la cabeza pensativamente.

Decididamente a ciertos tipos les gusta meterse en líos, y aquél era uno de ellos.

Al diablo. Reanudó su trabajo, olvidándose del incidente.

La encargada de los lavabos fue más difícil de manejar que el camarero. Estaba acostumbrada a escudar a las muchachas que acudían a ella en busca de ayuda y se mostró reservada desde un principio.

—Le aseguro que es importante para Jeanine que yo hable con ella —mintió Norman con desfachatez.

—Será importante para usted.

—Y para ella —se impacientó.

Pensó que quizá fuera conveniente mostrarle su credencial y obligarla a hablar por la fuerza. Eso le ahorraría tiempo, pero también pondría su juego al descubierto demasiado pronto. No podía estar seguro de que aquella mujer no hablase con el propietario del local, o incluso que avisara a Jeanine... o a Mitchell, si es que estaba tan bien aleccionada. Finalmente, decidió utilizar medios más diplomáticos para conseguir lo que quería. En consecuencia, depositó dos dólares más sobre la mesa de la mujer y trató de esbozar su mejor sonrisa.

—Escúcheme —dijo—. No me interesa que el señor Mitchell sepa una palabra de mi interés por Jeanine. Hablé con ella brevemente la otra noche y me pareció que... bueno, usted ya entiende, ¿no? Estuvo muy cariñosa conmigo.

Esa historia, más los dos dólares que iban a unirse a los otros dos recibidos al principio acabaron por disipar su resistencia.

Cuando el agente federal abandonó el *cabaret*, llevaba anotada la dirección de Jeanine, a cuya casa se dirigió sin pérdida de tiempo.

Se dijo que era casi seguro que ella estuviera en casa.

No era probable que saliera en busca de diversiones las noches en que Mitchell no podía acompañarla. Después de todo, él era quien pagaba sus gastos, y el alquiler de su apartamento...

Vio que había acertado en sus cálculos al distinguir la línea de luz que brillaba por la rendija de la puerta, entre ésta y el suelo del rellano. No deseando que los vecinos oyesen el timbre, llamó quedamente con los nudillos. Casi dio un salto atrás al ver que la puerta cedía suavemente, abriéndose.

Entró despacio, notando una leve opresión en el estómago.

El apartamento era bastante lujoso, tenía buen aspecto incluso después de haber sido registrado brutalmente. Estaba hecho un verdadero revoltijo.

Pero a su propietaria ya no le importaba el desorden. En realidad, ya no podía importarle nada, porque estaba muerta, tendida sobre la gruesa alfombra que había manchado con su sangre.

Tras unos instantes de indecisión, Scott se dirigió al teléfono y llamó a Cunningham para que se hiciera cargo del asunto, llamando a la policía cuando lo creyera oportuno. Tras esto, colgó, dio una última mirada a la que había sido una hermosa muchacha, y abandonó el piso silenciosamente.

Otro crimen que alguien tendría que pagar...

CAPÍTULO X

Igual que una hora antes, Scott llamó con los nudillos sobre la puerta. Nada sucedió.

Repitió la llamada, esta vez con más energía.

Dentro del apartamento sonó un roce. Unos pasos leves, casi inaudibles, se acercaron a la puerta.

—¿Quién está ahí? —susurró una voz queda.

—Abra, Eve. Es urgente.

—¿Quién es?

Por toda respuesta, Scott golpeó otra vez la puerta. Finalmente, se abrió y una muchacha quedó enmarcada en el umbral, mirándole acusadoramente.

—¿Quiere despertar a toda la casa? —murmuró, furiosa—. ¿Qué demonios busca a estas horas?

El agente vio que tenía ante sí a la muchacha de la fotografía. Era todavía más bella al natural que en imagen. Su extraordinaria apariencia le cautivó a pesar de las ideas que tenía respecto a ella.

O tal vez fue la intensa mirada de aquellos ojos, profunda y cálida, la que le impidió hablar durante unos segundos.

—¿Y bien? —inquirió la muchacha, sosteniendo la puerta.

—Me llamo Scott. Usted es Evelyn. Quiero hablarle de algunos amigos suyos.

—¿A estas horas de la noche? Está loco.

Hizo ademán de cerrar, pero Scott introdujo el pie, impidiéndoselo. Después empujó la puerta y se coló al interior.

—No sea brusca conmigo, pequeña. He dicho que quiero hablarle y lo haré ahora.

—Me obligará a llamar a la policía por esta intromisión...

—En todo caso lo hará después de que hayamos hablado. ¿Sabe

lo que le ha sucedido a Jeanine?

—No, yo... Oiga, ¿quién le ha dicho que yo y Jeanine...?

—Pura lógica. Ha muerto.

La muchacha se tambaleó, estremeciéndose.

—¿Qué ha dicho?

Quedó tensa, con su maravilloso cuerpo tan rígido como si fuera de madera.

—Ha sido asesinada esta noche, Eve. Un balazo en la frente.

—¡Oh, no!

Sin hacerle caso, el agente federal prosiguió, implacable:

—Ella era la amiga de un tipo llamado Mitchell. Fue McKnight quien le proporcionó a éste la muchacha, supongo que mediante una buena suma. Quiero que usted me hable de todo esto, preciosidad.

—¡No, no..., no puede ser cierto...!

Repentinamente, estalló en sollozos histéricos y se derrumbó sobre un espacioso diván, donde quedó acurrucada, sacudida por el llanto.

Apurado, Scott trató de calmarla. Cuando vio que ese medio le fallaba, buscó la cocina, descubrió una botella de *whisky* mediada y escanció bastante cantidad en un vaso. Con la bebida regresó al lado de la muchacha.

—Tome, bébase esto, le sentará bien.

—¡Déjeme!

—Tonterías. Un trago y se sentirá mejor.

Ella bebió el *whisky* puro. Dio la sensación de que ni siquiera lo sentía en la garganta.

Después, siguió llorando.

—Bueno, cálmese, no podemos perder toda la noche —masculló entre dientes—. Sé que se conocían, y si me hubiese quedado alguna duda me hubiera bastado ver su reacción ante la noticia.

—Pero ¿qué es lo que usted quiere de mí? —sollozó Eve, con la cara cubierta por las manos.

—Informes.

Esperó. Ella fue calmándose poco a poco, aunque las lágrimas siguieron rodando por sus mejillas incluso después de haber dejado de sollozar.

—No sé nada..., hace tiempo que no veo a Jeanine..., yo no la

he matado... ¡Por favor, déjeme en paz, márchese...!

—Cuando hayamos hablado. ¿Dónde está McKnight? Advirtió el sobresalto que la sacudió. Pero logró dominarse.

—No sé quién...

—No mienta, pequeña. Sé más de lo que imagina, pero me falta mucho todavía para aclarar este condenado lío. Usted puede ayudarme y lo hará... aunque me vea obligado a emplear la fuerza.

Ella le miró, asustada. El miedo ponía hielo en sus pupilas.

—¡Pero si no sé nada! —exclamó todavía—. Nada en absoluto.

—Deje que sea yo quien decida lo que usted sabe y lo que no. Cuando responda a mis preguntas verá que está enterada de más cosas de las que usted misma sospecha...

—Pero...

Calló, aturdida y asustada.

Entonces, alguien pulsó el timbre de la puerta. Scott masculló:

—Por lo visto, ésta es su noche de recibo, preciosidad. ¿A quién estaba esperando?

—A nadie... no sé quién puede estar ahí...

—Bueno, abra la puerta y se enterará.

—¿Y qué le vean a usted aquí?

—Me esconderé si quiere...

—Será mejor, sí... aquí, y venga.

Lo introdujo por una puerta que hasta entonces había estado cerrada. Norman vio que estaba en un dormitorio y al instante un perfume suave y penetrante a un tiempo le envolvió. Comprendió que se trataba de la alcoba de la muchacha.

Entretanto, ella había abierto la puerta. Hasta Scott llegó su exclamación ahogada.

Aguzó el oído. Alguien cerró la puerta y una voz ruda dijo:

—¿No nos recuerdas, paloma?

—Sí..., sí, claro —balbuceó la muchacha—. ¿Qué..., qué...?

—No me digas que te asusta nuestra visita. ¿Verdad que parece como si nos tuviera miedo?

Otra voz runroneó, burlona:

—Quizá puede leer los pensamientos de la gente. Eso lo explicaría.

—¿Qué, qué quieren?

La voz de Eve se extinguía por momentos. El tipo de acento rudo

dijo:

—Nos han hecho un encargo, linda. Un buen amigo tuyo..., un gran amigo tuyo.

—¿Quién...?

—Lo sabes, preciosa.

—Es una mala noche para las chicas tan guapas —comentó el otro.

En su escondite, Scott se puso rígido. Siguió escuchando los pasos inseguros de la muchacha mientras retrocedía. La oyó detenerse, y los otros avanzar. Sacó la «Webley», seguro que tendría que intervenir sin perder demasiado tiempo...

—Esperen..., tengo que vestirme —murmuró Eve.

—¿Para qué? Así estás magnífica. ¿Verdad, Wallach?

Norman sintió como una sacudida eléctrica al influjo de aquel hombre. Quitó el seguro de la automática.

Wallach carraspeó.

—No necesita ropa para lo que va a hacer.

Poco a poco, Scott agrandó la rendija de la puerta. Vio a Eve apoyada desesperadamente contra el respaldo del sofá. Y a los dos hombres un poco separados de ella, sonriendo con ferocidad, como relamiéndose ante lo que iba a ocurrir.

Y eso sólo podía ser una cosa. La muerte de Evelyn.

—Esta vez te toca a ti, Wallach —decidió el de la voz ruda—. Una cada uno.

Wallach, un tipo rechoncho, de largos brazos parecidos a los de un mono, dio un paso acercándose a Eve. El otro reía.

Norman enderezó la «Webley», dominado por un furor salvaje como jamás había experimentado.

Las manos del asesino se tendieron en busca de la garganta de Eve. Estaba riendo sordamente.

Rechinando los dientes, Scott acabó de abrir la puerta. Simultáneamente, tiró del disparador y el disparo retumbó estruendosamente.

Wallach pareció convertirse en un remolino. El proyectil le dio en la cabeza, empujándolo hacia atrás al mismo tiempo que el cuerpo del asesino giraba igual que una peonza. Las piernas le fallaron y cayó de bruces.

Sólo entonces Eve empezó a gritar, mientras el otro pistolero se

movía en busca de la puerta, desenfundando un revólver.

—¡Quieto! —ordenó Scott—. No me obligues a matarte también.

El revólver del criminal llameó. Una bala rozó los cabellos del federal, pero éste no se movió. Su rostro parecía haberse convertido en piedra.

—A cuenta de Cameron —masculló, apretando de nuevo el gatillo.

El estampido hizo vibrar los cristales de las ventanas. Todavía resonaba el primero cuando repitió el disparo. Ambos proyectiles dieron de lleno en el blanco, lanzando al hombre contra la pared, donde rebotó como una pelota. Cuando cayó al suelo la muerte había entrado en él.

Eve seguía chillando. Scott se acercó a ella y le propinó un par de bofetadas que tuvieron la virtud de acabar con los gritos.

—Vamos, larguémonos de aquí antes que esto se llene de gente —exclamó, arrastrándola hacia la puerta.

—¡Pero no estoy vestida...!

—Esa mosquitera que lleva deberá servirle hasta que encontremos algo mejor. ¡Corra!

La obligó a correr junto a él. Cuando descendían las escaleras, toda la casa empezaba a llenarse de gritos, exclamaciones y preguntas que no obtenían respuestas.

La delicada *negligé* que cubría a Eve se arremolinaba en torno a sus piernas, impidiéndole toda soltura de movimientos. Sólo la férrea mano de Scott impidió que cayera al suelo.

Luego, en la acera, moderaron el paso. Un taxi providencial les salió al encuentro y el agente lo llamó, dándole al taxista la dirección de su propio apartamento...

Eve sollozaba quedamente.

CAPÍTULO XI

—Usted conoce perfectamente a McKnight, ¿no es cierto, Eve?

Ésta asintió. Llevaba puesta una bata de Scott que la envolvía como si fuera una manta. Sentada, materialmente hundida dentro de la gran butaca, parecía algo tan liviano y frágil como una figurilla de porcelana.

Levantó los ojos y los fijó en la ruda cara del federal.

—¿Es usted policía? —inquirió.

—Algo semejante. ¿Por qué me ha mentado al principio?

—Tenía miedo. Da malos resultados hablar de lo que no le importa a una...

—Sin embargo, iban a matarla incluso sin que usted hubiera hablado con nadie.

—Sí...

—¿Quién mandaba a esos pistoleros, Eve?

—No lo sé. Tal vez John Martin...

Norman parpadeó. Un nuevo personaje, alguien desconocido que surgía de repente para complicar lo poco que sabía del asunto.

—¿Quién es John Martin? Ella se encogió de hombros.

—Un hombre al que sólo vi una vez, hace tiempo... Era muy amigo del que usted conoce como McKnight.

—¿Cuál es el verdadero nombre de éste?

—Emile Ralles...

Scott pegó un salto, estupefacto.

—¿Está segura?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Ralles... el que en otro tiempo fue la mano derecha de Peter Angelino, si no recuerdo mal.

—Y ese hombre, John Martin, ¿también estaba asociado con

ellos?

—No lo sé, pero los vi reunidos una noche, cuando yo actuaba en The Cave. Pero sí sé que solían entrevistarse a menudo.

—¿Quién le dio el empleo en el *cabaret*?

—Su propietario, naturalmente..., Blair.

Scott disimuló su entusiasmo a duras penas. Por fin, tenía una pista sólida, algo que sobrepasaba a los indicios. Era indudable que Emile Ralles estaba mezclado en los asesinatos, y que éstos tenían relación con la muerte de Cameron West. Y todas esas muertes tenían su origen en el monstruoso embarque de narcóticos que estaba en camino, si no había llegado ya.

Y en el momento crítico él había ganado por la mano a Ralles, o Angelino, si era éste quien daba las órdenes todavía.

Se estremeció sólo al pensar en lo que hubiera sucedido de haber llegado él unos minutos más tarde al apartamento de Eve...

Miró largamente a la muchacha. Sintió un profundo sentimiento de piedad hacia ella, pero también se dejó llevar por la fantasía y la belleza sugestiva de la mujer que se escondía dentro de su bata de baño.

—Hábleme de sus relaciones con Ralles y los demás. Ella se sobresaltó.

—Usted... —murmuró—. Usted me desprecia, ¿no es cierto?

—No, en absoluto.

—¿Qué piensa de mí?

—Que es una chica que ha sufrido mucho tal vez... Y que ahora tiene una oportunidad.

Depende de usted saberla aprovechar.

—No puedo creerlo...

—Eso no debe preocuparla ahora, pequeña. Ralles es quien interesa.

—Sí, claro, ese bastardo...

—Adelante, Eve. ¿Quiere un cigarrillo?

—No... El, Emile, me dominó desde que le conocí. Supo engañarme al principio, pero luego vi claro qué era lo que pretendía de mí... Explotarme, ¿comprende?

—Sí.

—Me propuso el negocio. El primer candidato fue Mitchell...

—Y usted rehusó.

—Sí. Me negué. No es que yo fuera una chica virtuosa, entiéndame. Cantaba en un *cabaret* y el mundo y la vida me habían dado demasiadas dentelladas para que pudiera asustarme por estas cosas. Pero aquello... Bueno, tuvimos una escena espantosa. Me golpeé, pero no cedí. Entonces fue en busca de Jeanine.

—Siga.

—Una noche, después de mí actuación, Ralles me invitó a una copa. Acepté con la esperanza de que dejara de importunarme después de aquella noche. Entonces me presentó a Peter Angelino y a John Martin. Fue aquella noche en que los vi reunirse en un reservado. Después de eso, casi no volvimos a vernos, y poco después dejé el The Cave, busqué trabajo en otros lugares semejantes y, finalmente, me contrataron en el Embassador, pero pusieron como condición que cambiase de nombre. Lo hice así, y hasta ahora... Hasta ahora todo había ido bien.

—Ya veo... Hay algunas cosas más que deseo preguntarte, pequeña, pero si estás muy cansada podemos dejarlo para la mañana. Esta noche, dormirás aquí.

—Lo que usted quiera..., me siento tan desvalida, tan desamparada como una niñita perdida en el bosque. ¿Cree que seguirán buscándome?

—Estoy seguro. Por alguna razón, tú representas un gran peligro para alguien..., aunque maldito si sé por qué ese peligro sólo lo representas ahora y no antes. Pero mientras estés en este apartamento estarás segura, y después ya me encargaré de ponerte en un lugar al que ellos no puedan llegar.

—Es usted... un hombre extraño.

—No me trates de usted. Vamos a convivir muy cerca el uno del otro. Y mi nombre completo es Norman Scott. Norman para ti.

Ella le miró y no dijo nada. El sonrió, dándole ánimos.

—Dime, ¿te sientes con fuerzas para seguir hablando, o deseas acostarte ya?

—Puedo resistir su interrogatorio un poco más. Usted es policía, ¿verdad, Norman?

—Federal. Pero hemos quedado que me tutearías.

—Es cierto. Puedes preguntarme lo que quieras ahora.

—Sólo un par de cosas y te dejaré descansar. ¿Dónde puedo encontrar a Emile Ralles?

—Tiene un apartamento en la «70 Oeste». Creo que en el número 514. A, por lo menos, lo tenía entonces.

—Es cuanto deseaba saber..., o quizá no. Escúchame bien, pequeña; imagino que en los tiempos en que estabas en buenas relaciones con él le acompañabas a todas partes, ¿no es cierto?

—Sólo de vez en cuando.

—¿Incluso cuando él se desplazaba por razones de negocios?

—Algunas veces sí.

—Bien..., intenta recordar todos los lugares que visitaste entonces en su compañía. Sean los que sean, ¿entiendes? Comercios, tiendas, almacenes..., todo. Y anótalo en este papel a medida que vayas recordando. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré, pero ¿qué vas a hacer tú?

—Ganar un tiempo que he desperdiciado dando palos de ciego de un lado a otro.

Cuando me haya marchado podrás acostarte.

Ella se levantó, arrebujándose en la holgada bata de baño.

—Norman...

—Dime.

—Gracias por lo que has hecho por mí.

—Olvídalo. Aquellos dos criminales eran los mismos que habían asesinado a Jeanine. Ahora, tranquilízate, intenta recordar esos lugares que te he pedido y cuando termines te metes en cama. No sé a qué hora podré regresar.

Espontáneamente, ella se empinó sobre sus pies y posó sus labios sobre los de Norman. Éste se estremeció. El beso, al fundirse en los suyos, produjo en él un momentáneo desequilibrio nervioso. Incluso creyó que las piernas le temblaban. Abrazó a la muchacha y prolongó el beso por un tiempo interminable, olvidando por completo los consejos y enseñanzas que recibiera respecto a no dejarse impresionar por ninguna mujer sospechosa...

Y, realmente, Eve era sospechosa.

¿O no?

CAPÍTULO XII

Charles Blair acabó de guardar el dinero en su caja fuerte, encendió un cigarrillo y volvió junto a la mesa para repasar las últimas cuentas de la liquidación de la noche. Sentíase sumamente satisfecho porque el negocio había sido bueno. Ésa era la única razón de que siguiera regentando sus distintos *cabarets*: que le daban grandes beneficios. De no haber sido así los hubiera vendido mucho tiempo atrás, para dedicarse por entero a sus otros negocios, más respetables y más en consonancia con su elevada posición social. Pero los números no mienten nunca, y ahí estaban los de aquella noche, una como las demás, muy productiva...

Unos discretos golpes en la puerta le arrancaron de sus cálculos.

—¡Entre! —gritó.

Siempre se sentía de mal humor a esas horas de la noche.

Un camarero, vestido en mangas de camisa y con el cuello desabrochado, asomó la cabeza.

—Un caballero desea verle, patrón. Dice que es un asunto urgente.

—Que pase.

Blair vio avanzar al visitante y esbozó una cálida sonrisa.

—Caramba, Scott. Creí que se había olvidado del The Cave...

—Hola, Blair.

El federal miró que la puerta estuviera cerrada. Sólo entonces se acercó a la mesa y clavó sus pupilas, frías y duras como el acero, en la cara rubicunda del financiero.

—Tengo algunas preguntas que hacerle —dijo—. Espero que colabore usted de buen grado, Blair, aunque sólo sea para evitarse disgustos.

—¿Qué demonios quiere dar a entender?

Pausadamente, Norman exhibió *su* credencial, anunciando al mismo tiempo.

—Agente federal, Blair.

—Bueno, siempre pensé que no era usted un cliente como los demás. Pero no comprendo qué puedo hacer yo por usted, Scott..., ¿o también el nombre es falso?

—No lo es. En primer lugar, quiero hablarle de McKnight. Y no empiece a decir que no ha oído hablar nunca de él.

—He oído hablar de Emile Ralles.

—Así vamos bien. Era el lugarteniente de Angelino. Quiero saber si sigue siéndolo todavía.

—¿Y me lo pregunta a mí?

—Usted está enterado de muchas cosas, Blair, y yo también. Puedo hacerle mucho en sus negocios si me niega su colaboración, y usted sabe que no es una baladronada.

¿Conforme?

—Todavía no veo a dónde va usted a parar. ¿Qué es lo que en realidad quiere, echarle la zarpa encima a Ralles?

—Eso es sólo una parte. ¿Se entrevista aquí con su ex jefe muy a menudo?

—No. Hace semanas enteras que no los veo.

—¿Quién es John Martin?

—El nombre no me es desconocido..., déjeme recordar...

—Estuvo en su *cabaret* hace algún tiempo en compañía de Angelino y Ralles.

—No, es inútil. Quizá sólo vino una vez con ellos y no lo vi en aquella ocasión. ¿Detrás de quién anda usted, Scott?

—No lo sé muy bien todavía. ¿Recuerda una fotografía en la que está usted en compañía de Mitchell, Mailer, y Baugh?

—Creo que sí que nos hicimos una foto juntos...

—¿Qué le recuerda el nombre de John Martin?

Un tanto desconcertado por el brusco cambio de tema, Blair refunfuñó:

—¿Qué intenta hacerme decir con sus mañas, Scott? Ese nombre no significa nada para mí. Quizá lo pronunció alguna persona en mi presencia, no puedo recordarlo.

—Volvamos a la foto. ¿Cuándo fue hecha?

—Estando los cuatro juntos sólo recuerdo una, hace seis meses.

—¿Dónde fue tomada?

Blair titubeó. Sus dedos inquietos arrugaron una de las cintas de las sumadoras.

—Imagino que usted sacará exageradas conclusiones de lo que yo le diga...

—Depende de lo que sea.

—Bueno, la foto fue tomada en los jardines de la residencia de Peter Angelino. Nos había invitado a comer para tratar de negocios. Ya sabe cómo son esas reuniones de hombres solos...

—¿De qué clase de negocios quería hablar Angelino?

—Transportes. Y líneas de autobuses que se extendieran por todos los estados vecinos..., éstos eran sus proyectos. Peter Angelino es un hombre de negocios honesto ahora, Scott, a despecho de lo que haya sido en el pasado.

—No me venga con cuentos, Blair. Un lobo sigue siendo un lobo aunque se coloque una piel de oveja sobre el lomo. Así que transportes, ¿eh?

—Seguro. Lo tenía todo planeado y previsto.

—Pero le faltaba dinero —aventuró el federal con ironía.

—Parte de él lo tenía. Estudiamos el asunto durante varios días, Después el proyecto se abandonó. Lo olvidé casi inmediatamente. Incluso no me acordaba de esa fotografía.

¿Dónde la ha encontrado usted?

—En las manos de un niño. Y a ese niño se la había dado un agente federal, asesinado... Blair palideció.

—Es terrible —murmuró entre dientes.

—Más lo será para el asesino —masculló Scott, apartándose de la mesa—. Y olvídense de mi visita, Blair, si quiere ahorrarse disgustos.

Abandonó el despacho ante la atónita mirada del hombre de negocios.

CAPÍTULO XIII

Emile Ralles, el falso McKnight, habitaba en un edificio de buen aspecto, relativamente nuevo, y cuya fachada estaba adornada por una marquesina.

Norman leyó los tarjetones que había a un lado de la entrada, encontró el que buscaba y oprimió el timbre. Esperó oír el zumbido de la cerradura automática, pero no sucedió nada.

Insistió en su llamada sin obtener mejor resultado.

Al azar, eligió uno de los otros y lo apretó larga y persistentemente. Casi antes que hubiera soltado el botón, la cerradura automática funcionó y la puerta quedó abierta.

Entró. Reinaba una completa oscuridad al pie de la escalera. Sobre su cabeza, una voz inquieta preguntó:

—¿Quién es, quién está ahí?

Norman empezó a subir las escaleras. Sin detenerse explicó con calma:

—Lo siento; me había olvidado la llave y he llamado al primer timbre que he encontrado. Disculpe.

—¡Vaya desfachatez! —masculó el indignado vecino. Sonó un portazo y todo quedó otra vez en silencio.

Scott se detuvo ante la puerta del apartamento de Ralles y llamó con los nudillos. Nadie respondió. En la oscuridad, el agente federal sonrió para sí. Iba a darle un buen susto al inquilino de aquel cuarto, tan pronto regresase a casa...

Entonces oyó el leve rumor a su espalda. Saltó instintivamente, apartándose de la puerta, pero un cuerpo pesado cayó sobre sus espaldas, derribándole con la fuerza de su impulso.

Luchó brutalmente para desprenderse de aquel peso. Rodó sobre sí mismo, sujetando un brazo corpulento que había podido agarrar

al vuelo. Todas las fuerzas de su enemigo parecieron concentrarse en librar precisamente aquel brazo; el derecho.

Como un relámpago, Norman comprendió la razón de tales esfuerzos. La mano derecha estaba armada. Pero no por una pistola, de lo contrario le hubiera disparado desde un principio. Debía tratarse de un cuchillo.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. Redobló sus esfuerzos y, poco a poco, logró hacer resbalar aquel cuerpo hacia un lado. Entonces dio una sacudida y se levantó de un salto, empuñando la «Webley».

—Ríndase sin lucha, Ralles —ordenó—. Tengo una pistola en la mano y la usaré si me obliga.

Por toda respuesta oyó los pasos quedos del tipo retrocediendo. Por puro instinto, dirigió el cañón hacia donde se había producido el ruido. Pensó que no podía dejar escapar al fugitivo, así que disparó sin preocuparse de que el terrible estampido arrancase materialmente de la cama a todos los habitantes del inmueble.

Oyó un alarido. Debía haberlo herido a juzgar por el dolor que vibraba en aquel grito.

Entonces, por entre el eco del disparo, se oyó el estrépito de un cuerpo humano rebotando escaleras abajo. Ya no hubo ningún otro grito, a excepción de los vecinos que comenzaban a asomarse, atraídos por el alboroto de las escaleras.

Scott corrió también, bajando los peldaños de cuatro en cuatro. Las puertas que se abrían, llenas de curiosos, se cerraban al verlo saltar de aquella manera, como si huyera del infierno.

—¡Que alguien llame a la policía! —gritó, inclinándose sobre el cuerpo caído abajo.

Vio que estaba muerto, y no a causa del disparo, que le había penetrado en un muslo, sino debido a que se había roto el cuello al caer por las escaleras.

Pero se dijo que aquél no podía ser Raíles. Por lo menos, no correspondía a la idea que se había formado del miserable que había intentado comerciar con el amor de Eve.

El cadáver que tenía delante pertenecía a un hombre de unos cuarenta años, robusto y fuerte, aunque de mediana estatura. Tenía una cara picada por la viruela, cabello cortado a cepillo, muy espeso, y vestía con abandono.

Por lo visto, algún vecino debió haber obedecido su orden, porque empezó a oírse el estridente aullido de varias sirenas. Antes que la policía llegase al lugar, ya Scott había registrado los bolsillos del cadáver sin haber encontrado nada en absoluto. No llevaba ni siquiera tabaco...

CAPÍTULO XIV

—No tenemos bastantes quebraderos de cabeza con nuestro propio trabajo, que ahora tendremos que apechugar con el de los federales.

La voz burlona del teniente Mayes resonó por todo el hueco de la escalera. Scott, pensativo, no le prestó atención. Los peritos terminaban su trabajo y se disponían a guardar sus aparatos. El cadáver había sido retirado, y en la escalera, sentados en los peldaños, ya sólo quedaban ellos dos.

—¿No tienes nada que decir? —insistió el teniente.

—Estaba pensando en los motivos que podía tener ese tipo para estar esperando en la escalera, agazapado, sólo para saltarme encima.

—Eso es obvio, ilustre colega. El tipo aguardaba al inquilino del apartamento. Te confundió con él. Es así de fácil. Todo estaba oscuro y...

—No encaja.

—¿Por qué no?

—Porque pudo darse cuenta de que yo no era Ralles. Llamé repetidamente a la puerta. Ralles debe saber que su apartamento está vacío cuando él se marcha. ¿Por qué, entonces, haría la estupidez de llamar a su propia puerta?

—Debe existir una razón..., ya se descubrirá.

—Seguro, quizá cuando nos concedan el retiro, sino nos espabilamos. Lo malo de eso, Gerald, es que, entre unas cosas y otras el tiempo se nos va de las manos...

Pensó en el gigantesco cargamento de estupefacientes. Si conseguían distribuirlo por todo el país habría veneno suficiente para intoxicar a todo el censo de estudiantes de la mayoría de escuelas... No quiso pensar en eso y volvió a la realidad inmediata.

—Me desconcierta la presencia de ese bastardo, ahí, aguardando en la oscuridad... No es lógico.

—Pedirle a un asesino que obre con lógica es ir demasiado lejos —retrucó Mayes, burlón.

—Me pregunto si no estaría allí escondido por otro motivo.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Imagina que no esperaba a nadie, sino que se disponía a marchar... Mi llegada le ha alarmado, ¿comprendes? Se ha visto atrapado en el rellano, y al ver que yo me disponía a entrar en el apartamento de Ralles...

—¿Por qué debía temer que entrases allí? No tiene ningún sentido. A menos que...

—¡Infiernos! —estalló, levantándose de un brinco.

Scott le miró. Dijo entre dientes:

—Hemos llegado a la misma conclusión, amigo. Vamos a verlo.

Subieron las escaleras apresuradamente. Al probar la puerta del apartamento de Ralles comprobaron que estaba cerrada.

El teniente refunfuñó:

—Supongo que como agente federal asumirás la responsabilidad de un allanamiento ilegal, Norman...

—Adelante, Gerald.

El teniente tomó carrerilla, lanzándose contra la madera. Su ancha espalda golpeó con tremendo ímpetu y la puerta cedió con un sonoro chasquido. Mayes entró en la oscuridad dando traspiés, seguido por el agente federal.

—La luz —gruñó Mayes.

Scott tanteó la pared hasta encontrarla. Una lámpara se encendió en el techo, derramando una suave claridad a su alrededor.

Todo estaba en perfecto orden menos el cuerpo caído de bruces en el suelo, junto a una mesita baja. Scott gruñó:

—Debí pensar antes en eso.

—No importa. No hubieses podido hacer nada por él. Debe haber muerto instantáneamente con esa cuchillada...

Era un espectáculo espeluznante. La salvaje herida más parecía la obra de un loco que de un asesino a sueldo, como Scott estaba seguro que había sido el desconocido de la escalera.

—Lo ha sorprendido por detrás, desprevenido. Casi lo ha abierto

de arriba abajo..., lo cual demuestra que Ralles dejó entrar confiadamente a su asesino. Debía conocerle.

—Eso parece. Primero eliminan a las muchachas..., y ahora empiezan con los hombres.

Vaya salvajada, Dios santo.

—¿De qué estás hablando?

—Hay que encontrar a Peter Angelino cuanto antes, Gerald. El es el alma de esa matanza.

—No creo que sea difícil dar con Angelino. Desde que se reformó que no se esconde de nada ni de nadie. Vive bastante bien en su residencia de Queens. Aunque supongo que no querrás que intervengamos nosotros por el momento.

Scott negó con un gesto, mientras pensaba rápidamente en el plan de campaña a seguir. Estaba formándose una teoría en su mente, pero algo le decía que dejaba escapar un dato importante, un detalle de capital importancia. Esa inútil búsqueda de una impresión intangible le ponía nervioso.

—Yo me encargaré de Angelino —masculló al fin con voz sorda, encaminándose a la puerta—. Pero antes he de hablar con Cunningham. Tú te encargarás de ese fiambre, ¿de acuerdo, Gerald?

—Qué remedio...

—Ya te informaré de lo que surja de ahora en adelante.

—Seguro. Habré de leerlo en los periódicos si quiero enterarme —rezongó Mayes, mordaz.

Pero Scott ya había desaparecido.

CAPÍTULO XV

Cunningham, en pijama y con un elegante batín sobre los hombros, franqueó la entrada de su domicilio al soñoliento Norman, que no esperó invitación alguna para buscar refugio en una butaca.

Su jefe le contempló un momento en silencio. Luego masculló:

—Presumo que necesita usted un tónico para los nervios, Scott.

—Algo hay de eso, señor. También deseo discutir algunas cosas con usted.

—¿Y precisamente a estas horas de la madrugada?

—Es importante.

Cunningham se encogió de hombros y preparó un *whisky* con hielo, que Scott paladeó con placer.

Acto seguido, le informó de los últimos acontecimientos, íntimamente satisfecho de la atención que su jefe le prestaba.

Al terminar, Cunningham comentó:

—Eso da la impresión de que están asustados. Quieren eliminar todo posible peligro representado por las personas enteradas del secreto...

—Todo nos lleva a Peter Angelino, señor.

—¿Y el registro en casa de Mitchell, y el asesinato de su amiguita, dónde entran aquí, Scott?

—Andaban buscando algo comprometedor para su jefe. No lo encontraron en casa de Mitchell y quizá pensaron que lo que ambicionaban estaba en casa de ella, por eso registraron también el apartamento de la muchacha, matándola quizá al verse descubiertos... Pero no, eso es absurdo. Fueron allí con ánimo de matarla, a juzgar por lo que escuché en casa de Evelyn. Claro que de paso registraron todo en busca de Dios sabe qué.

—Tal vez pensaban en la fotografía... Ellos no pueden estar

seguros de que Cameron la tuviera encima cuando huyó.

—Tampoco ésa me parece una explicación lógica. Pero yo he venido por algo más, señor. Necesito una orden de arresto contra Angelino.

—¿Basándose en qué fundamentará la petición, Scott?

—No lo sé. Ni me importa el motivo que se haga constar. Quiero a ese bastardo en uno de nuestros despachos para apretarle las clavijas.

—Ándese con cuidado, muchacho. Angelino no puede ser atacado por ningún lado.

Está aparentemente retirado de los negocios sucios.

—Ya encontraremos suciedad suficiente con que empapelarlo. Incluso podríamos retenerle como asesino de su guardaespaldas y secretario Emile Ralles. ¿Qué le parece?

—No me gusta. Toda la Prensa se nos echaría encima.

—¡Al diablo con la Prensa, señor! Uno de los nuestros fue asesinado, y han intentado matarme a mí varias veces. Es preciso acabar con ese estado de cosas.

Cunningham reflexionó, plantado delante de su subordinado. Al fin masculló:

—Conforme, Scott; la tendrá por la mañana. No necesito advertirle cómo debe tratar a su prisionero cuando lo tenga entre las manos. No nos convienen las iras de la Prensa ahora.

—Lo tendré muy en cuenta, señor. Pasaré por la oficina a recoger esa orden a las nueve.

—La tendré lista para entonces. Eso fue todo en aquella entrevista.

Norman anduvo cabizbajo un buen trecho, antes de reaccionar y darse cuenta del terreno que había andado. Y súbitamente comprendió también que el pensamiento que había estado inquinándolo tenía un nombre: John Martin. Aquel hombre misterioso, de cuyas entrevistas con Angelino sólo quedaban vagas referencias, tan inconcretas que no permitían formarse ni siquiera la sombra de una imagen. Aquél era posiblemente el eslabón más importante de la extraña cadena de muertes.

Se había detenido en medio de la acera, clavado en el suelo por la nitidez de sus ideas. Entonces reanudó la marcha a paso vivo, impaciente por comprobarlas. Pero para hacerlo necesitaba primero

la orden de arresto con la cual poder acorralar a Peter Angelino.

Al llegar a su apartamento, abrió la puerta silenciosamente para no despertar a Eve y entró pisando como un gato. Se despojó de la chaqueta, que arrojó sobre una silla. Captó el suave perfume que impregnaba la atmósfera. El dulce aroma que la envolvía a ella como una aureola. Eso le sorprendió agradablemente, ya que estaba acostumbrado al olor del tabaco que siempre imperaba en su vida.

Como una Sombra, se deslizó hasta la puerta del dormitorio, que estaba entreabierta.

Asomó la cabeza.

Evelyn dormía plácidamente, con su hermosa cabellera esparcida sobre la almohada. La sábana moldeaba su cuerpo, y la escasa luz que atravesaba las cortinas de la ventana jugaba con la exquisita forma tendida un juego de luces y sombras.

A los ojos del hombre, se le antojó la imagen más sugestiva y maravillosa que viera jamás. Pensó que la muchacha merecía una nueva oportunidad, y él estaba dispuesto a ofrecérsela...

CAPÍTULO XVI

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, todavía cansado por las escasas horas de sueño de que había gozado, parpadeó y olfateó el aire con deleite. Un penetrante olor a café llenaba el aire con la promesa de un excelente desayuno.

Se levantó del diván donde había dormido. No pudo contener un gemido. Los huesos le dolían y las articulaciones parecían habersele solidificado a causa de la postura forzada.

—¡Eve! —llamó.

—Estoy en la cocina, Norman.

La encontró atareada con la sartén, el jamón, los huevos y el pan tostado. Una cafetera humeaba también al lado del fuego.

—Esto tiene muy buen aspecto —comentó.

Eve se dio vuelta. Se encontraron abrazados casi sin darse cabal cuenta, y sus labios volaron al encuentro del beso como pájaros en busca de su nido.

Scott olvidóse del dolor de sus huesos, del sueño y el cansancio para vivir apasionadamente aquellos instantes. Sólo cuando ella se apartó dijo:

—Es la primera vez en mi vida que despierto con tanto placer, pequeña...

—Me gusta que digas eso.

Se desayunaron en silencio, mirándose y pensando cada uno en el otro. Sólo cuando terminaron ella anunció:

—Preparé aquella lista, Norman. Fue cuanto pude recordar.

—Esperemos que sea suficiente.

Se la entregó. Leyéndola, el agente vio que contenía siete direcciones distintas, dos de las cuales, según la anotación que las acompañaba, pertenecían a almacenes de sucio aspecto cercanos a

los muelles.

Guardó el papel, besó nuevamente a su forzada invitada y tras recomendarle que no saliera del apartamento ni abriese la puerta a nadie, salió en busca de la orden de arresto contra Peter Angelino.

En la oficina reinaba una viva actividad. Por lo visto, Cunningham había desplegado todos sus efectivos en aquel asunto.

Su jefe le hizo pasar en el acto. Le pareció más preocupado que durante la noche anterior.

Cuando Cunningham empezó a hablar, Norman comprendió que había acertado.

—Nuestros agentes en Europa han informado que el cargamento salió de algún lugar de Italia hace aproximadamente dieciséis días, Scott.

—Ya veo.

—Debe haber llegado aquí. Parece ser que estaba destinado a Nueva York, y si es así, y logran pasarlo sin que nos enteremos, no es necesario que le haga un dibujo de cuál va a ser nuestra situación.

—Realmente, por mediocre que sea el buque con el cual ha viajado ese maldito veneno ha tenido tiempo sobrado de llegar. ¿Qué dicen nuestros confidentes de los muelles?

—Nadie sabe una palabra.

—Es comprensible. Estoy seguro que lo desembarcaron descaradamente, ante las narices de todo el mundo, camuflado en otras mercancías. Un golpe de audacia, podríamos decir.

—Es posible, pero no seguro...

—Yo creo que no cabe ninguna duda. La matanza de posibles delatores, o cómplices quizá demasiado ambiciosos, lo indica a mi modo de ver.

Cunningham permaneció pensativo unos segundos. Asintió lentamente, como aprobando sus propias ideas.

—Sí —murmuró—, eso debe ser... ¿Sigue aferrado a su idea de arrestar a Angelino?

—Ahora más que nunca, señor. Quiero hacerle escupir quién es John Martin..., y algunas cosas más. Pienso que Angelino debe estar bastante inquieto a estas horas. En primer lugar, tiene sobre sí el peso de esa enorme fortuna en narcóticos. Y, por otra parte, está quedándose sin pistoleros. La muerte de sus asesinos debe haber

sido un rudo golpe para su seguridad.

—Todavía no está probado que trabajasen para él...

—Pero lo probaré sin la menor duda. A cada minuto que pasa estoy más seguro del terreno que piso.

Su jefe sonrió, y, abriendo un cajón de su escritorio, sacó un pliego de papel.

—Ahí tiene la orden, Scott. Puede ir a por él y que el cielo nos proteja si es inocente.

Norman tomó el documento. Entonces sonó el teléfono y Cunningham atendió la llamada.

El joven observó la transformación que sufría el rostro de su jefe a medida que escuchaba por el auricular. Sólo hizo un par de preguntas, asintió a algo que estaban diciéndole, y, finalmente, colgó lentamente, como si temiera estropear el aparato.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, con la mirada perdida en algún punto indefinido detrás de Scott. Éste preguntó:

—¿Malas noticias, señor?

—Sí.

Alargó la mano y volvió a apoderarse de la orden de arresto. Como si cumpliera una especie de ritual, rompió el documento en cuatro trozos, que arrojó a la papelera.

Estupefacto, Norman se levantó de un brinco. Cunningham dijo con voz sorda:

—Ya no la necesita usted, muchacho. Peter Angelino ha muerto.

—¿Cómo?

—Lo han encontrado esta mañana, en el jardín de su residencia. Tenía una bala de pequeño calibre en la nuca.

—Otro eslabón roto. Alguien ha desencadenado el terror entre los que podrían perjudicarlo.

—O ese alguien ha decidido quedarse con toda la partida para él solo... Doscientos millones son demasiado dinero para que no haya por lo menos un intento de apoderarse de ellos.

—El maldito... Nos ha ganado por la mano —masculló Norman entre dientes.

—Está bien, muévase, muchacho. Si los estupefacientes están en tierra es preciso encontrarlos. Y esta vez no podemos confiar en nuestros confidentes.

—Ya he pensado en eso también, señor. Poseo una lista de

locales que seguramente pertenecieron a Angelino. Por lo menos, Emile Ralles los visitaba con frecuencia cuando trabajaba para él abiertamente. Según mi impresión, sus visitas eran una especie de inspección. Tal vez hayan elegido uno de ellos como depósito para el cargamento.

—Está bien, no me lo cuente a mí; investiguelo antes que sea demasiado tarde.

—Necesitaré ayuda para hacerlo, señor.

—Collins y Bob Ryan están disponibles. Lléveselos. Y buena suerte.

—Sí, señor.

Salió del despacho sin poder ocultar una expresión de amargura.

CAPÍTULO XVII

El primero de los almacenes de los muelles que invadieron no resultó. Era una nave inmensa y destartada, que a juzgar por las trazas no era usada desde tiempo atrás. No obstante, reventaron las cajas vacías y recorrieron hasta los más escondidos rincones en busca de un escondrijo. No hallaron nada, y no era presumible que hubiera un sótano allí, porque al construirlo habrían tropezado con las aguas del río.

—Primer fracaso —masculló Scott—. Probaremos en el otro, y en todas las demás direcciones.

Collins, un mocetón de Montana, fornido y de cara casi imberbe, opinó:

—Hacer esto en pleno día es una temeridad. ¿No te parece?

—Es cierto, pero darles unas horas de tiempo sería más temerario todavía, porque, en caso de tener el cargamento en uno de esos lugares, podrían trasladarlo fácilmente en camiones. Vamos.

Bob Ryan, el más viejo de los tres, puesto que había pasado ya los cuarenta años, no despegó los labios. Era un hombre taciturno, frío como el hielo y peligroso como una pantera cuando se trataba de luchar. Siguió a sus dos camaradas hasta el auto y tomó el volante con mano segura.

El segundo almacén estaba detrás del muelle número siete, rodeado de otros edificios más modernos. Todos ellos bullían de actividad a aquella hora, pero el que les interesaba tenía las puertas cerradas.

No detuvieron el coche, sino que siguieron hasta una distancia prudencial. Allí, Ryan apagó el motor y encendió un cigarrillo.

Collins refunfuñó:

—Esto está atestado de gente. Podrían haber declarado una

huelga durante esta semana...

Scott esbozó una mueca. Luego dio las únicas instrucciones que podía dar dadas las circunstancias:

—Collins se adelantará a explorar el almacén. Debe tener alguna otra salida. Una vez localizada, uno de nosotros la forzará y entrará por ella. Los demás lo haremos por la puerta principal.

—¿Y cómo piensas abrirla, a tiros? —rezongó Ryan.

—Si es preciso, sí. Andando, Collins.

El aludido saltó del coche y se alejó. Ryan dijo:

—No creo que encontremos nada...

—No seas pájaro de mal agüero, maldita sea. El almacén perteneció a la pandilla de Angelino, cuando éste se dedicaba a sus actividades de violencia y contrabando, lo mismo que todos los otros locales cuyas señas tengo anotadas. Puede ser, o cualquier otro, pero...

—Está bien, está bien. Ojalá aciertes.

Cinco minutos después, Collins estaba de vuelta.

—Hay una puertecilla en el lado norte del edificio. No parece muy sólida. En el portón grande hay también una entrada más pequeña que será fácil violentar si es necesario.

¿Vamos ya?

—Vamos. Ya que tú la has descubierto, Collins, te encargarás de la entrada lateral.

Nosotros iremos por el frente. ¿Dispuestos?

Ryan se encogió de hombros y echó a andar. Llevaba los hombros un poco caídos hacia adelante, en una actitud de supremo cansancio. No obstante, todos sus nervios estaban prestos a entrar en acción.

Collins, separándose de ellos, fue en busca de su objetivo. Ellos dos siguieron rectamente hacia la gran puerta cerrada.

Scott tomó una piedra del suelo y con ella golpeó fuerte la madera. No esperaba contestación, de manera que la voz que resonó al otro lado le sorprendió momentáneamente.

—¿Qué pasa ahí fuera? —gritó el que debía ser el guardián del almacén.

—¡Abra!

—Así, sólo porque usted lo ordena —se burló el desconocido, riendo—. Váyase al diablo, compañero.

—¡Somos agentes federales, abra inmediatamente!

La noticia tuvo la virtud de dejar mudo al bravucón individuo. Ya no volvió a dejar oír su voz.

Ryan gruñó una maldición.

—Vamos a reventar la cerradura de esa puerta pequeña. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Muy bien, adelante.

—Echate a un lado...

Los dos sacaron sus pistolas. En aquel instante, un arma de gran calibre restalló en el lado norte.

—¡Collins! —exclamó Norman entre dientes.

—No te preocupes por él...

Todos los obreros del muelle que estaban en las cercanías habían detenido su trabajo y miraban hacia donde estaban ellos.

Ryan bajó el cañón de su «Luger» y disparó dos veces. Los estampidos se confundieron con una sucesión de disparos procedentes del lugar donde Collins intentaba entrar también al almacén.

La cerradura había saltado. Ryan abrió la puerta de un puntapié y saltó dentro temerariamente. Instantáneamente, dos armas distintas le mandaron una andanada de plomo que arrancó astillas a la madera, obligando a Scott a arrojarle al suelo de cabeza. Tuvo tiempo de ver a Ryan rodar sobre sí mismo como una pelota, mientras las balas le buscaban tenazmente.

Desde el suelo, junto a la abertura, Norman levantó su «Webley» y disparó la mitad de la carga rápidamente. Tras los proyectiles, saltó él en seguimiento de Ryan, que estaba acurrucado detrás de unas maderas.

—Bueno —dijo—, lo hemos encontrado. Lo que me gustará ver será cómo demonios vamos a echar de aquí a esos tipos...

Una nueva serie de disparos zumbaron por encima de su cabeza, buscándoles, pregonando con su agudo aullido el paso de la muerte.

También por el lado donde estaba Collins, los disparos menudeaban.

Scott refunfuñó:

—Me gustaría saber cuántos tipos hay aquí...

—A juzgar por cómo disparan, un batallón.

Mientras, Ryan disparaba de vez en cuando, aunque a ciegas, ya

que no podían distinguir a sus enemigos, bien parapetados detrás de las montañas de fardos allí acumulados. Scott recargó la automática con un cargador de repuesto.

—Voy a tratar de encararme a ésa estiba de ahí —dijo en voz baja—. Tú mantenlos ocupados. Desde arriba podré hostigarlos con más probabilidades de éxito.

Ryan hizo lo que le pedía. Norman se encaramó como un mono.

Oyó los gritos de alguien herido más o menos donde estaba Collins sosteniendo un desigual combate. Debían haber descubierto que allí había un hombre solo y trataban de forzar la salida. Era preciso prestar ayuda a Collins cuanto antes.

Cuando llegó a la cima del montón de fardos estaba sudando. Un sudor helado que nada tenía que ver con el esfuerzo.

Pero no había sido él sólo en buscar las alturas. Una cabeza asomó por el otro extremo del montículo. Norman no dudó ni un segundo. Le descerrajó un tiro y tuvo tiempo de ver abrirse un negro agujero en la frente del pistolero, antes que éste desapareciera de su vista.

Se arrastró por encima de los bultos. Cuando llegó al lugar donde había aparecido antes su enemigo, atisbó hacia abajo con precaución.

Vio el cadáver tendido de cara al techo y a dos pistoleros que hostigaban a Ryan, muy bien cubiertos por los bultos. Scott disparó casi sin apuntar y uno de ellos dio un salto mortal en el aire. Cayó sobre el otro cadáver y quedó inmóvil sin haber proferido un solo grito.

Él otro perdió la serenidad al verse al descubierto. Se levantó y echó a correr hacia donde sus otros compañeros luchaban con Collins.

Norman titubeó antes de matarlo. Le repugnaba disparar contra un enemigo en su huida. Pensó, no obstante, que aquel hombre sería un enemigo más contra su solitario compañero y levantó su «Webley».

No tuvo necesidad de apretar el gatillo. Repentinamente, vio al fugitivo cómo abría los brazos y caía de cara, como empujado por la mano de un gigante. Una bala de un pistolón como la «Luger» puede considerarse también como un gigante.

Ryan no había titubeado tanto como él.

—¡Eso está despejado, Ryan! —anunció, descendiendo de su pirámide.

La llegada de los refuerzos fue la salvación para Collins, que se veía desbordado por tres enemigos. Uno de ellos se resolvió al verse acorralado y recibió un impacto en la cara que lo lanzó sobre uno de los otros dos, quien se levantó de un brinco, aterrorizado. Collins lo cazó mientras trataba de desprenderse del cuerpo que le aprisionaba.

El tercero cayó bajo los impactos de la «Luger» de Ryan. Justo cuando acababa de caer, el almacén se vio invadido por una docena de policías de uniforme armados con rifles y pistolas ametralladoras.

Norman necesitó de todas sus dotes de diplomático para convencer a un sargento asustadizo que la batalla había finalizado, y que no tenían necesidad de acribillar a tres agentes federales para justificar su sueldo.

Ryan, que se desentendió de los guardias y estaba examinando los bultos, soltó una exclamación de contento al romper el envoltorio de madera de una guitarra eléctrica.

—¿Qué te parece eso, Norman? Esos tipos eran aficionados a la música...

—Revienta la guitarra y verás cómo suena —dijo Scott.

—¿Quieres decir que...? ¡Demonios, qué cosas!

Estrelló la caja de la guitarra contra el suelo, ante la atónita mirada de los policías. Sonó un golpe sonoro y la guitarra se hizo astillas. De su interior saltó un paquete envuelto en plástico del tamaño de una caja de puros.

—Ajá, ahí tienes...

—Voy a pedir que saquen la droga sin romper las guitarras —rezongó Collins—. Una de ellas me pertenece como botín de guerra...

Cuando Cunningham hizo su entrada en el almacén, había una verdadera montaña de aquellos fatídicos paquetes delante de los tres entusiasmados agentes. Un poco más allá, amontonaban los instrumentos desvencijados.

Sonrió. Habían salvado a incontables jóvenes de caer en el más abyecto y degradante de los vicios de la humanidad.

CAPÍTULO XVIII

En la oficina exterior, los agentes de servicio comentaban con entusiasmo el gigantesco alijo de narcóticos, haciendo cábalas sobre el valor real de todo aquel veneno.

En su despacho, Cunningham, con el ceño fruncido, esperaba. El primero en llegar fue Charles Blair, escoltado por Ryan.

—Haga el favor de sentarse —gruñó Cunningham—. Espero que no le causemos demasiada molestia, señor Blair.

—No resulta agradable el que un agente federal se lo lleve a uno, casi a rastras, de su oficina. ¿Puedo saber qué es lo que se espera de mí?

Desde un rincón, Scott dijo:

—Nadie pretende perjudicarlo, señor Blair... ¿Se acuerda de mí?

—¿Cómo voy a olvidarle, si no cesan ustedes de perseguirme?

—Nadie ha hablado aquí de persecución. Sólo se requiere su testimonio, eso es todo.

—Veremos. Calló, furioso.

Collins fue el encargado de escoltar a Herbert Mailer, un hombrecillo de tez pálida y cráneo pelado. No parecía molesto por aquella intempestiva visita a las oficinas federales. Sólo pareció asombrarse cuando vio a Blair, tenso en su silla.

—¡Caramba, Charles! —exclamó—. ¿A ti también te han cazado, eh? Me pregunto de qué piensan acusarnos.

Rió como un conejo y se sentó en la silla que Collins le acercó.

Durante unos minutos nadie pronunció una palabra. Norman fumaba distraídamente en su rincón.

La entrada de James Mitchell produjo cierta conmoción. Protestaba a voz en cuello de semejante atropello.

—¡Presentaré una demanda! —gritó—. Haré que hasta en el

Congreso se sepan sus métodos dignos de...

Sólo se interrumpió al ver a los otros. Palideció y paseó su aturdida mirada de uno a otro.

—¿Qué diablos significa eso, Blair?

—Sé tanto como tú. A mí también me han traído casi a la fuerza.

—¡Es un atropello! Cunningham carraspeó:

—Si deja usted de vociferar, quizá le quede voz suficiente para responder a lo que se le preguntará dentro de unos minutos, señor Mitchell.

—¡Lo que están haciendo con nosotros es un crimen! Eso es, un crimen —repitió, enfurecido.

Sin moverse de su rincón, Scott dijo:

—Fue un crimen asesinar a un agente llamado Cameron West, señor Mitchell. Vamos a encontrar a su asesino.

—¿Qué? —Casi se ahogó. Entonces reconoció a Scott y perdió la voz.

Ya no volvió a hablar, aunque se negó a sentarse en la silla que le indicaban.

El último en llegar fue Thomas Waugh, el cuarto de los hombres que aparecían en la fotografía fatal. No protestó. Era un hombre alto y distinguido, de escaso cabello y ademanes calmosos. Parecía tomarse la cosa con cierta ironía.

—Vaya, vaya. Toda una reunión de amigos, ¿eh? Me gustaría que alguien pudiera explicarme qué estamos haciendo aquí.

—Yo se lo diré, señor Waugh —habló Norman con voz seca—. Todos ustedes aparecen en una fotografía que fue tomada en el jardín de la residencia de Peter Angelino. Según mis informes, fueron ustedes invitados por Angelino para proponerles un negocio de transportes o algo así. ¿Es cierto?

Todos asintieron, con más o menos voluntad. Scott prosiguió:

—Angelino no puede declarar porque está muerto. Ahora bien, yo afirmo que uno de ustedes, como mínimo, es el responsable de las muertes de Angelino, Emile Ralles, de Jeanine Zolotov y de mi compañero Cameron West. Puedo añadir unos cuantos cargos en la cuenta de ese hombre, pero de momento con eso es suficiente...

Se levantó un coro de airadas protestas. Mitchell tuvo que ser sujetado por Ryan cuando trató de lanzarse sobre Norman, ciego de furor.

Nadie hizo más caso de sus protestas. Cuando el alboroto hubo cesado, impuesta la paz por la firme actitud de los agentes, Norman siguió con su voz metálica:

—Cameron West fue encargado por la superioridad de investigar un gigantesco alijo de heroína que estaba a punto de llegar al país. No sabemos exactamente cómo descubrió la fotografía en que aparecen ustedes cuatro, ni cómo la relacionó con el contrabando. Posiblemente, nunca podremos saberlo. Pero él creyó que esa fotografía era tan importante como para jugarse la vida por ella. Bien; perdió la vida y nosotros obtuvimos la fotografía...

Blair exclamó:

—¡No puede acusarnos sólo por una fotografía perfectamente inocente!

—No es tan inocente cuando, para arrebatársela a West, se atrevieron a asesinar a un federal. Pero prosigamos con el negocio de la heroína... Peter Angelino era un experto en esa clase de tráfico. Uno de los más diabólicos después, de Luciano. Tramó una operación que debería cubrirle de millones, al mismo tiempo que infestaría al país de veneno. Lo organizó todo: fuentes de aprovisionamiento, lugares para ir acumulando el narcótico en Hong-Kong

y Shanghai. Laboratorios para su transformación... Incluso planeó la manera perfecta de entrarlo al país en complicidad con los deportados del Sindicato que viven en Italia. Pero para conseguir toda esa preparación gastó casi toda su fortuna, de manera que para pagar los estupefacientes hubo de recurrir a un socio capitalista... A uno de ustedes, o a varios a la vez. Por eso les reunió en su jardín y alguien tomó una fotografía... Emile Ralles.

Al callar esta vez, reinó un silencio completo, de manera que prosiguió sin variar de tono:

—Ralles se había apartado de su patrón, ambicionaba hacer negocios por su cuenta. Vio las posibilidades incluso del chantaje y tiró la palanca. Bueno, ya ha pagado con la vida sus ansias de independencia. Yo creo que Angelino sólo se confabuló con uno de ustedes... Aquella tarde fue un tanteo para estudiar sus caracteres y sus reacciones. Eligió a su candidato y, más tarde, le formuló su proposición, que el capitalista aceptó..., y también concibió ideas exclusivistas. Quiso quedarse con todo.

Cunningham mascullo, aprovechando la pausa de Scott:

—Es preferible que el culpable formule una confesión voluntariamente..., será un gesto a tener en cuenta ante el jurado...

Nadie movió ni un dedo.

Norman se encogió de hombros y continuó, con voz un poco más tensa:

—El «honesto» financiero de la operación cambió su nombre para sus entrevistas con Angelino, quería adoptar precauciones. Se hizo llamar John Martin. Jeanine murió porque sabía quién era John Martin, aunque no tenía la más remota idea del motivo por el cual había cambiado de nombre. Pero, en un momento dado, podía representar un peligro. Por esa misma razón, «John Martin» mandó a los pistoleros de Angelino contra Evelyn... Me gustaría saber, en su momento, cuánto ofreció a los matarifes de Angelino para que traicionaran a su propio jefe. También será interesante la confesión de «John Martin» respecto al asesinato de su socio Angelino..., porque lo mató personalmente a juzgar por el tipo de arma que utilizó...

—Tocio es una historia muy interesante —rezongó Blair—, pero no aporta una sola prueba contra ninguno de nosotros. Estoy viendo ya los titulares de los periódicos cuando aparezca este atropello en...

—¡Cállese!

El grito le hizo dar un salto. Impresionado, miró el rostro contraído por la ira de aquel muchacho joven y fuerte, pero que el dolor por el asesinato de un compañero le roía todavía el corazón.

Con un esfuerzo, Norman dijo secamente:

—Voy a desenmascarar a John Martin..., aquí mismo.

Hizo una seña y Ryan salió del despacho. Collins y el otro agente permanecían tiesos junto a la pared, vigilantes como aves de presa.

Cuando Ryan entró, lo hizo acompañado por la bella Evelyn. Scott indicó:

—Ven aquí, Eve, a mi lado... Ella obedeció.

—Míralos.

Los hermosos ojos de la muchacha recorrieron los cuatro rostros con expresión asustada. Sólo sobre uno de ellos se agrandaron y quedaron fijos e inmóviles.

—Es él, Norman... John Martin...

—¿Estás segura, pequeña?

—Sí, sí...

—¿Sin la menor duda?

—Lo recuerdo bien.

El aludido se levantó despacio, con una rígida mueca en sus labios. Era Thomas Waugh. Ryan dio un paso hacia él. Scott le contuvo con un ademán.

Waugh masculló:

—Podría negarlo..., esa chica jamás podría probar nada delante de un jurado. Pero no vale la pena luchar más. Estoy arruinado, ¿comprenden? Total y absolutamente arruinado... Invertí todos mis millones en este negocio..., un negocio que iba a triplicar el capital invertido de un solo golpe...

Eve giró sobre los talones y se abrazó a Norman. Estaba temblando.

Los otros tres financieros quedaron mudos de estupor, incapaces de hablar ni de moverse. Waugh ni siquiera les dirigió una mirada. Retrocedió y no pareció advertir que Ryan se colocaba a su lado.

—No teman —dijo—. No voy a causarles más molestias... Un hombre de empresa ha de saber perder, ¿no creen?

Se llevó un cigarrillo a los labios, buscó en sus bolsillos y sacó una caja de cerillas. Entonces todo sucedió con la velocidad del relámpago. En lugar de una cerilla extrajo una pequeña cápsula, que se llevó a la boca dejando caer el cigarrillo. Antes que Ryan pudiera hacer nada por él se la había tragado.

—Nada de escándalo —gruñó—. Ni periodistas entrometidos, ni fotografías, ni verdugo. Lamento que el negocio me saliera mal, pero alguna vez hay que pagar...

Se le doblaron las piernas y cayó igual que fulminado.

Hubo el consiguiente revuelo, las exclamaciones y gritos que eran de esperar.

Cunningham vociferó a más y mejor...

Discretamente, Norman empujó a Eve hacia la puerta y abandonó el despacho. El caso había terminado. Una aventura más en su haber, una aventura terminada.

Y otra que justo entonces acababa de empezar, aunque era una clase de aventura muy distinta de las demás.

Y no tenía nada que ver con el FBI, naturalmente. Norman buscó

un taxi, se arrellanó en el asiento trasero, rodeando la cintura de Eve con su fuerte brazo, y dio al taxista la dirección de su apartamento...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.